

HISTORIAS EN YO MAYOR 6

6to Concurso de Cuento y Narración Oral Historias en Yo Mayor

Organiza
Fundación Saldarriaga Concha
Fundación Fahrenheit 451

En alianza con
Instituto Distrital de las Artes, Coldeportes, IDRD, Red Capital de Bibliotecas de BiblioRed,
Red de Bibliotecas Públicas de Santiago de Cali, Instituto Distrital de Recreación y Deporte,
biblioteca del Banco de la República seccional Buenaventura, Fundación Puerto Aguadulce,
Gobernación de Boyacá, Comfaboy, Casa de la Cultura de Sogamoso.

Antología, corrección de estilo y compilación
Mauricio Díaz Calderón y Sergio Gama Torres

Equipo de Fundación Saldarriaga Concha
Soraya Montoya, Norma Sánchez, Jerónima Sandino, Laura Pareja y Karen Rodríguez

Jurados del concurso
Categoría Cuento: César Acevedo y Marta Ruiz
Categoría Narración Oral: Consuelo Luzardo y Margarita Pacheco
Categoría Herencia de mi Pueblo: Antonio Bolívar y Héctor Gómez Tello

Diseño
Mobs Audiovisual

©Varios autores.
ISBN 978-958-59913-1-6
Primera edición, 2018

Impreso por LINOTIPIA MARTÍNEZ S.A.
Impreso y hecho en Colombia

Índice

.....

Agradecimientos.....	9
Prólogo.....	13
Sobre Yo Mayor.....	15
Galería fotográfica.....	17

Herencia de mi Pueblo

Descripción de la categoría.....	27
Buscando historias en la urbe amazónica.....	29
La memoria indígena en un celular.....	31
Palabras del jurado Herencia de mi pueblo.....	35
Reflexión de Héctor Gómez Tello.....	37
Reseñas de las historias ganadoras.....	39
Galería fotográfica.....	43

Narración Oral

Descripción de la categoría.....	51
Palabras del jurado.....	53
Perfiles y reseñas de los ganadores.....	56
Elegidos por el público.....	62
Galería fotográfica.....	65

Cuento Escrito

Descripción de la categoría.....	75
Palabras del jurado.....	76

Ganadores

Cartas inéditas a los vivos muertos: 9 de abril <i>Por José Orlando Ramírez (Bogotá)</i>	81
De puños, estrellas y boinas en el barrio Olvido <i>Por Édgar Hernando Moyano (Bogotá)</i>	93
Encuentro con Ziruma, la palabarrera <i>Por Josúe Alberto Correa Valbuena (Bogotá)</i>	101

Menciones de Honor

Estado de gracia <i>Por Gabrel Ángel Arango (Sabaneta, Antioquia)</i>	113
Las enseñanzas del día jueves <i>Por Tania Mora (Bogotá)</i>	117
Animas meas <i>Por Hernán Pérez (Chía, Cundinamarca)</i>	125
Un cuento de guerra <i>Por Juan de Jesús Herrera (Calarcá, Quindío)</i>	131
Nada me va a pasar <i>Por Fernando Pérez Otálora (Sogamoso, Boyacá)</i>	139

Finalistas

¿Con dolor o sin dolor? <i>Por Daniel Báeza Sarria (Cali)</i>	149
La noche en que Inés derrotó el miedo <i>Por Aura Encinales Ardila (Fusagasugá, Cundinamarca)</i>	155
Las casas viejas <i>Por María de Lourdes Reyes (Cúcuta)</i>	161
La estera <i>Por Oliverio Eduardo Saldaña Mahecha (Bogotá)</i>	163
Historias de mi pueblo <i>Por Rafael Martínez Romero (Cereté, Córdoba)</i>	171
Luz y sombra <i>Por Fernando Mario Valencia (Bogotá)</i>	175
El valor del perdón <i>Por Armando Naranjo (Gámeza, Boyacá)</i>	183
La deuda <i>Por Luis Hernando Osorio Berrío (Bogotá)</i>	187

Agradecimientos

Este libro y el Especial Multimedia no hubieran sido posibles sin el apoyo de muchas personas e instituciones. Queremos agradecer a los bibliotecarios y gestores de los centros culturales de Bogotá, Cali, Buenaventura, Boyacá, Leticia y algunas de sus poblaciones cercanas.

Las personas que dirigen estos espacios han comprendido el objetivo del proyecto y dispusieron de su equipo físico y humano para incentivar la lectura, escritura y oralidad de las personas mayores. También agradecemos a las siguientes instituciones: la Gerencia de Literatura del Instituto Distrital de las Artes, La Cámara Colombiana del Libro, Coldeportes, La Red Capital de Bibliotecas de BiblioRed, la Biblioteca Nacional de Colombia, la Red de Bibliotecas Públicas de Cali, el Instituto Distrital de Recreación y Deporte, la biblioteca del Banco de la República seccional Buenaventura, la Red Departamental de Bibliotecas Públicas de Boyacá, la Gobernación de Boyacá, Comfaby, la Casa de la Cultura de Sogamoso, los colegios Seminario de Duitama y Juan José Reyes Patria y la Caja de Compensación del Amazonas Cafamaz,.

Finalmente, agradecemos el apoyo incondicional de Beatriz Franco, Deisi Sánchez, Dayana Henríquez e Ignacio Cerón, quienes, desde sus regiones, fueron los motores que hicieron posible los talleres y el concurso de este año.

Otras personas e instituciones sin las que este proyecto habría

sido inviable: Mobs Audiovisual, Zebra Comunicaciones, Biblioteca distrital “Fidel Ordóñez Santos”, Biblioteca comunitaria la Playita, Asoparupa, Fundación Puerto Aguadulce, Comfenalco-Buenaventura, Iglesia Comunidad Mita Aaron, Universidad de La Sabana, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad Minuto de Dios, Colegio Buckingham, Colegio Van Leeuwenhoek, Institución Educativa Juan José Reyes, Colegio Seminario Diocesano de Duitama, Casa de la Cultura de Pablo VI Segundo Sector, Myriam Fernández, Bertha Munear, Nhora Pinzón, Carlos Gärtner, Angie Bejarano, David Pérez, Martín Sánchez, Juliana Rodríguez, Gabriel Guzmán, Rocío Muñoz, Hasbleidy Vargas, Liliana Beltrán, Álvaro Vanegas, Jennifer Vargas, Omar Garzón, Sandi Quintanilla, Biviana García, Miguel Estupiñán, Guillermo Zúñiga, Brenda Gutiérrez, María Dolores Martínez, Darneily Grajales, Yeir Morales, Nelly Pinzón, Clara Méndez, Antonio Bolívar, Héctor Gómez, César Acevedo, Marta Ruiz, Consuelo Luzardo y Margarita Pacheco.

Pero, sobre todo, un especial agradecimiento a todos los adultos mayores que asistieron y compartieron sus historias en los Talleres de las distintas regiones por las que pasamos.

Lugares en que se dictaron los talleres:

Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo, Biblioteca Pública de Bosa, Biblioteca de Venecia, Centro Día del Restrepo, Biblioteca La Victoria, Biblioteca Puente Aranda, Biblioteca Rafael Uribe Uribe, Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella, Hogar Grupo Modelo, Biblioteca de La Peña, Biblioteca Pública La Giralda, Casa de la Cultura de Pablo VI, Biblioteca Pública El Perdomo Soledad Lamprea, Biblioteca de las Ferias, Biblioteca de Suba y Centro Día Santa Fe y Candelaria.

Asoparupa, Fundación Fundescodes, Fundación Puerto Aguadulce, Iglesia Congregación Comunidad Mita Aaron, Biblioteca Comunitaria la Playita, Biblioteca Distrital “Fidel Ordoñez Santos”, Escuela Taller de Buenaventura-Plaza De Mercado, Bajo Calima, COMFENALCO, Biblioteca – Casa de la Cultura y Galería Pueblo Joven.

Centro Integral de Servicio de Comfaboy, Biblioteca de Comfaboy, Bibliotecas públicas de los Municipios de Iza, Motativa, Ventaquemada, Turmequé, Labranza Grande y Ciénaga; Centro vida de Tibasosa.

PRÓLOGO

.....

Esta edición de Historias en Yo Mayor permite un diálogo intergeneracional en el cual participan personas de todas las edades, no solamente para conocer las historias de las personas mayores, sino para construir en conjunto una narración de memoria colectiva, que permite ver en la diversidad del otro una gran riqueza y una fuente infinita de aprendizajes para la vida.

Es precisamente por este diálogo que la sexta versión de Historias en Yo Mayor convocó a universidades, instituciones educativas, bibliotecas y otros espacios estratégicos de cada ciudad donde se llevó a cabo, para que propiciaran el encuentro entre más de 1.200 personas jóvenes y mayores.

El resultado es que se recolectaron 649 cuentos escritos y 711 videos de narración oral provenientes de zonas rurales y urbanas de gran parte del país y se presentan en este libro las historias seleccionadas por el jurado de este concurso y el público que votó por sus historias favoritas.

Historias en Yo Mayor es un reconocimiento al aporte que hacen las personas mayores a la reconciliación y a la construcción de país a partir de la reflexión y el diálogo.

Historias en Yo Mayor es una iniciativa en constante crecimiento y reconfiguración. Cada año asumimos nuevos retos y exploramos nuevos territorios, siempre buscando mejores y más canales y espacios para continuar trabajando por el reconocimiento de las personas mayores de nuestro país.

Este año, los retos fueron varios: nuevas regiones priorizadas y nuevas estrategias formativas. En cada una de las versiones, desde que el proyecto se hizo nacional, hemos trabajado con ciertas regiones, ciudades o departamentos priorizados, en los cuales se abre la posibilidad de que las personas mayores tengan más facilidades para hacer parte del concurso y en las cuales se desarrollan estrategias gratuitas para promover la participación y la difusión del proyecto. En los años anteriores, Bogotá, Cartagena, Cali, Medellín y el departamento del Quindío habían sido reforzadas con diversas estrategias formativas y alianzas estratégicas con redes de bibliotecas, organizaciones del sector cultural y distintos actores regionales. Los resultados de estas acciones focalizadas fueron grandes y numerosos, que se tradujeron en la participación de cerca de 900 personas en la 4ta versión y de más de 1200 en la 5ta. Para este año, confiando en la capacidad instalada en esos lugares y los logros alcanzados en los últimos años, decidimos buscar nuevas regiones y explorar nuevos espacios, confiando en que allí el proceso continuaría de manera autónoma.

Las nuevas regiones que entraron a hacer parte del proyecto fueron Buenaventura y el departamento de Boyacá. La primera, a través de la alianza con 18 entidades culturales del municipio, dio voz, en

parte, a las tradiciones de la región Pacífico de nuestro país: historias sobre la partería, sobre seres y acontecimientos extraordinarios, sobre la misma violencia a la que fue sometido este territorio. La segunda, inicialmente iba a desarrollarse solo en Tunja, Sogamoso y Duitama, pero gracias al apoyo de la Gobernación del departamento, el proyecto logró cobijar a 22 municipios y recogió una gran cantidad de historias que dan cuenta de un territorio muy tradicional, dedicado al campo y con un recuerdo permanente sobre el impacto de la violencia partidista.

En cuanto a las estrategias formativas, en estas regiones, y mientras estuvo abierta la convocatoria del concurso, el proyecto se propuso realizar los talleres que habían arrojado grandes resultados en las regiones anteriores. Al término de este periodo, en más de 90 sesiones de talleres, cerca de 1200 personas mayores fueron formadas y compartieron en bibliotecas, centros culturales y espacios abiertos.

Asimismo, en Bogotá, el proyecto implementó una nueva estrategia: una serie de encuentros intergeneracionales en que niños y jóvenes conocieran historias de personas mayores y asumieran el reto de acompañarlos para que participaran en el concurso. En estos encuentros, participantes del proyecto compartieron con 100 niños del Colegio Buckingham y el Colegio Van Leeuwenhoek y 145 jóvenes de la Pontificia Universidad Javeriana, la Universidad Minuto de Dios y la Universidad de La Sabana.

En esta versión innovamos en retos, en espacios, en regiones y en estrategias, siempre creciendo por los mayores de nuestro país.



En Buenaventura, una de las regiones priorizadas en esta versión, se dictaron varias sesiones de talleres para motivar la participación y para dotar de herramientas a las personas interesadas en el concurso.



La fuerza de la oralidad y de los saberes tradicionales de la región del Pacífico se hizo presente en las historias recopiladas en Buenaventura. De los 43 finalistas de narración oral, 7 eran de este municipio del Valle del Cauca.



Los talleres que se realizaron en Bogotá, Buenaventura y el departamento de Boyacá fueron también espacios de encuentro entre las mismas personas mayores. Ellas compartían sus historias, se daban comentarios y se apoyaban en el proceso para participar en el concurso.



En Bogotá, los talleres se realizaron en bibliotecas públicas o comunitarias, casas de la cultura y centros de trabajo con personas mayores, resultando en espacios de trabajo amenos, llenos de confianza y diálogo.



En algunos casos, como en este taller en Tunja, la narración oral también acogió la música y abrió puertas a relatos que, acompañados con instrumentos y el canto, fueran muestras de la riqueza de tradiciones de nuestro país.



El trabajo intergeneracional es clave. En la Pontificia Universidad Javeriana se realizó un encuentro en que estudiantes de psicología compartieron con una persona mayor que participó en los laboratorios de escritura y memoria en versiones anteriores.



En el marco de estos encuentros intergeneracionales, en la Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo, 75 personas mayores y dos grupos de grado 5to del Colegio Buckingham compartieron sus historias y se reconocieron mutuamente.



Los niños hallaron en este espacio una oportunidad para escuchar divertidas anécdotas sobre cómo era la infancia y los juegos de algunas décadas atrás.

HERENCIA DE MI PUEBLO

La categoría Herencia de mi Pueblo se desarrolla en regiones colombianas que históricamente han sido marginadas y que parte de su riqueza cultural ha sido invisibilizada. A través de los saberes tradicionales que reposan en la memoria de los adultos mayores, esta categoría pretende rescatar aquel patrimonio cultural inmaterial que permanece escondido. En esta ocasión, visitamos Leticia y recorrimos las comunidades indígenas cercanas a la capital del departamento del Amazonas. Cerca de 60 adultos mayores, en su mayoría ticunas, huitotos y cocamas, asumieron el reto de contar sus mitos, leyendas, cuentos, vivencias y demás creaciones.

La categoría de Herencia de mi Pueblo nació con el objetivo de recoger voces e historias de personas que probablemente no han tenido la oportunidad de ser escuchadas en entornos urbanos; historias que permitan conocer las prácticas culturales y tradicionales de comunidades apartadas. Luego de la enriquecedora experiencia en la región de Montes de María (2014) y en diversos municipios del Chocó (2015), para esta sexta versión nos desplazamos al departamento del Amazonas, específicamente a la ciudad de Leticia y sus zonas aledañas.

Durante dos meses, gracias al apoyo de la biblioteca de Cafamaz y de la líder ticuna Deisi Sánchez, recorrimos la ciudad y las diferentes comunidades ticuna, huitoto y cocama, que viven a escasos kilómetros de la capital amazónica.

Fue así como 57 personas mayores, en su mayoría indígenas ticuna, provenientes de Leticia y de las poblaciones de Castañal, el kilómetro 6, el kilómetro 11, San Sebastián, San Antonio y San Pedro, registraron sus manifestaciones orales en videos de baja resolución que fueron posteriormente enviados a los jurados de la categoría para su deliberación. En esta ocasión dicha labor fue realizada por Antonio Bolívar, líder ocaína reconocido por su participación en la galardonada película *El abrazo de la serpiente*; y Héctor Gómez Tello, joven líder ticuna, promotor de la cultura indígena amazónica en la Universidad Nacional de Bogotá.

En noviembre de 2017, una vez elegidos los cinco ganadores de la categoría, volvimos a Leticia. Visitamos a cada uno de los ganadores y grabamos nuevamente sus historias. El 17 de noviembre, con una nu-

merosa asistencia, realizamos la premiación en el Auditorio de Cafamaz. Allí, con gran emoción Joaquín, Hernando, Albina, Santa y Fermín subieron a la tarima a recibir su premio mientras eran aplaudidos por un amplio público de niños, jóvenes y adultos.

Del resultado de esta categoría dan cuenta las imágenes que acompañan este libro, y los videos que se encuentran en el Multimedia. Se trata de ofrecer al lector la posibilidad de conocer esas historias que albergan las personas mayores de estas poblaciones, de escuchar de primera mano leyendas y anécdotas muy propias de este territorio. Con la producción de estas historias, esperamos difundir en pequeña escala la riqueza cultural de esta hermosa región de nuestro país.

Crónica
Buscando historias en la urbe amazónica

Por Mauricio Díaz Calderón

Con 110.000 km², Amazonas es el departamento más extenso y, sin embargo, uno de los menos poblados de Colombia: apenas unos 75.000 habitantes, según el último censo del Dane. Su extensa selva, constituida por una vasta variedad de árboles nativos y endémicos, es cruzada por largos y caudalosos ríos que devienen de los ríos Amazonas, Caquetá, Putumayo y Apaporis; su fauna, una de las más diversas de todo el mundo, tiene una amplia variedad de familias de aves, peces, mamíferos, anfibios y reptiles.

Leticia, su capital, ubicada en el extremo sur del país, recoge casi al 60% de la población del departamento. A pesar de ser muy pequeña en comparación con otras capitales del país, es, sin lugar a dudas, una ciudad. Sí, es una ciudad, de calles y carreras bien pavimentadas, llenas de motocarros y motocicletas que frenan en cada esquina antes de cruzar, pues, a pesar de que hay varios semáforos, ninguno funciona. A causa de su carácter turístico, cuenta con locales por doquier: restaurantes, hostales, supermercados, hoteles, agencias de viajes y excursiones, entre otros.

Leticia pareciera ser, entonces, una especie de paradoja, un lugar rodeado de la selva más extensa del mundo, distante de los centros de poder nacionales, pero que, por su carácter fronterizo (con Brasil y

Perú), lo acerca a otras dimensiones de lo urbano. Ese 60% de la población del departamento que vive en la capital es en su inmensa mayoría indígena, que se reconoce como tal, pero, a causa de las distintas formas de dominación a las que ha estado sometida históricamente, ha sido obligada a vivir la ciudad de una manera periférica, adyacente.

Mientras el Amazonas es asentamiento milenario de indígenas huitotos, cocamas, ticunas, ingas, muinanes, nonuyas, letuamas, barasanos, bacujes, boras, ocainas y yaguas, Leticia es una ciudad colombianizada. Una ciudad en la que los dueños de los negocios son principalmente colonos que provinieron de todas las partes del país; en la que las iglesias católicas y cristianas se asentaron en cada barrio; una ciudad en la que los niños aprenden de La Niña, La Pinta y La Santamaría y que desde las bandas escolares tocan con firmeza el himno nacional.

Aun así, en ese escenario en el que viven diversas etnias, principalmente ticunas y huitotos, sobrevive lo tradicional. Son estos indígenas los que migraron a la ciudad en busca de trabajo, asistencia médica, educación; son los que habitan Leticia, pero que no viven en ella, sino en sus fronteras, en sus corregimientos aledaños; son estos indígenas los que decidimos buscar para que hicieran parte de la Categoría Herencia de mi Pueblo de 2017, del proyecto Historias en Yo Mayor.

La memoria indígena en un celular

Para llegar desde Leticia a la comunidad de San Sebastián simplemente hay que tomar un bus público o, en su defecto, un motocarro que no cuesta más de 7.000 pesos. Si bien el trayecto no dura más de 15 minutos, oficialmente es a las afueras de la ciudad. San Sebastián de Los Lagos, con apenas 58 hectáreas, es el resguardo más pequeño de la Amazonía colombiana; allí, según cifras oficiales, habitan alrededor de 730 personas, que en su mayoría son indígenas de la etnia ticuna (70%), seguidos de la comunidad cocama (25%) y la etnia yagua (5%).

Cerca de 15 abuelos están reunidos en una misma casa. Su curaca (palabra de origen quechua que hace referencia a los líderes o gobernadores indígenas) los ha convocado luego de informarles que vendrían a grabarlos para que participaran en un concurso de oralidad. Un día antes, Deisi Sánchez Parente, una joven ticuna que viene desde la comunidad de San Pedro, llamó al curaca para hablarle del proyecto Historias en Yo Mayor y ver si era posible motivar a los abuelos y abuelas a que participaran. Él, sin dudarlo, le dio el aval.

Con ayuda de unos folletos y armada de su teléfono Samsung, Deisi, en su idioma ticuna, les contó de ese proyecto que ella estaba apoyando y el valor que podrían tener esas historias que ellos albergaban en sus cabezas. El hecho de que ella también perteneciera a una comunidad indígena de la región y fuera conocida por las personas, ciertamente, ayudó a que 11 adultos mayores de San Sebastián se ani-

maran a participar. Uno a uno contó una historia frente a la cámara del teléfono celular.

Deisi fue la gestora principal de esta parte del proyecto. Entre septiembre y octubre de 2017, visitó otras cuatro comunidades aledañas a Leticia e hizo un procedimiento similar al de San Sebastián de Los Lagos. Una tarea difícil pues, según cuenta, no son tantas las personas de estas comunidades que tienen más de 60 años; de hecho, sus abuelos, Matilde y Pedro, eran los únicos en San Pedro que cumplían ese requisito.

La segunda visita fue a El Castañal, también una comunidad muy cercana a la ciudad, pero que no está conformada como resguardo y que, según varios estudios, cuenta con problemas de tierra, pues hay poco espacio para hacer chagras (sembradíos), y los terrenos aledaños han sido vendidos a particulares. Allí, fueron grabadas 12 personas, 7 en ticuna y 5 en español, que contaron principalmente historias de vida, de su cotidianidad, relacionadas con la pesca, la siembra, la bonanza de las frutas y los encuentros con animales en la selva; sin embargo, allí se destacó un cuento de Santa Santos Farías sobre La Guaymitiera, un ser legendario que, en palabras de Héctor Gómez Tello, uno de los jurados, conocedor de la tradición ticuna, “no se distingue si es hombre, mujer o animal. Su apariencia intimidante, hace que los lugareños lo recuerden como el guardián del bosque y protector de la naturaleza”. Esta particular historia recibió el segundo lugar del concurso.

En el Kilómetro 11, ubicado a un lado de la carretera que va de Leticia a Tarapacá, habitan alrededor de 200 personas, en su mayoría huitotos, aunque también viven ocainas, boras y personas de otras partes del país y de Perú. A diferencia de los indígenas ticunas y huitotos, que han logrado preservar su lengua materna, comunidades como la ocaina y la bora la han perdido y hablan únicamente español. En este pequeño caserío fueron grabadas 3 historias en español y 2 en huitoto; una de ellas fue acreedora de una mención de honor, la de Joaquín Murallari Cisneros, un indígena de ascendencia ocaina que narra una cómica historia que se desarrolla al interior de la selva.

En San Antonio de los Lagos, resguardo ticuna de 188 hectáreas, Deisi consiguió que 10 personas participaran. De este lugar es Fermín Jordán Parente, un hombre risueño y carismático, dedicado a su chagra que, con mucha jocosidad y candidez, narró en su lengua nativa los diversos avatares que sobrellevó para hacerse con el amor de quien hoy sigue siendo su esposa. Con esta bella comedia romántica fue el ganador de esta versión de Herencia de mi Pueblo.

Premiamos la tradición

A las 3:15 p.m. del viernes 17 de noviembre, el auditorio de la Caja de Compensación del Amazonas, Cafamaz, estaba casi lleno. Los primeros en llegar fueron los participantes del hogar San José, quienes habían participado en el concurso gracias al apoyo y gestión de Dayana Henríquez, promotora de lectura de la biblioteca de Cafamaz y una de

las personas que más se comprometió con difundir el concurso en la región. Gracias a ella, cerca de 20 personas de la ciudad, muchos de ellos colonos, también contaron sus anécdotas y relatos de vida. Faltando cinco minutos para las 4:00 p.m., hora en que iniciaba el evento, llegaron las últimas personas de las comunidades aledañas. Todo estaba listo para la ceremonia de premiación.

Después de las tradicionales palabras oficiales de las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451, Antonio Bolívar, ampliamente conocido en la comunidad por su papel en la premiada película *El abrazo de la serpiente*, quien fungió como jurado del concurso, felicitó a sus “hermanos ticunas y cocamas” que participaron, reconoció el valor de las 57 historias que evaluó y motivó a todos los asistentes a que siguieran narrando para dejar esos saberes a las próximas generaciones.

Uno a uno, fueron pasando los cinco ganadores del concurso. Estas cinco historias que puede ver en el Especial Multimedia del concurso, entran a hacer parte de un pequeño legado; es una minúscula pero importante muestra de las narrativas que sobreviven en los habitantes de la urbe amazónica y que, probablemente, nunca hubiéramos tenido la oportunidad de conocer.

¡Disfrútenla!

Palabras del jurado Herencia de mi Pueblo

Para esta tercera versión de Herencia de mi Pueblo, una importante pareja de jurados fue la encargada de seleccionar las cinco historias premiadas que hacen parte del Especial Multimedia que acompaña este libro. El primero de ellos, Antonio Bolívar, es un líder indígena ampliamente reconocido gracias a su papel en *El abrazo de la serpiente*, única película colombiana nominada a un Óscar. El segundo, Héctor Gómez Tello, es un joven líder ticuna, promotor de su cultura en la Universidad Nacional de Bogotá, donde es asesor sobre su área en las facultades de ciencias sociales y está finalizando su carrera de ciencias políticas.

Ambos asumieron el trabajo de revisar las 57 historias participantes, les dieron una calificación con base en unos criterios referentes a la consistencia de la narración, al modo en que era contada la historia y, principalmente, a la relevancia cultural que ésta representa en el entorno amazónico.

A continuación, se sintetizan los principales comentarios que los jurados dejaron sobre el proceso de este año:

Reflexión de Antonio Bolívar

Mirando lo que es el contenido de este encuentro, de este trabajo, se evidencia que la mayor parte son historias originales sobre la vida humana, sobre la vida de los animales, sobre la cultura, sobre el dialecto

de los paisanos ticunas y los hermanos huitotos, sobre su relación con el castellano. Todo eso reúne un camino para recoger algo que, si no lo alentamos, si no lo recogemos para archivar, para guardar o mostrar a la nueva generación, a la niñez y ante el público, ante el mundo, pues seríamos unas personas que no valoramos nuestra cultura, nuestra identidad, nuestra vida con la naturaleza. Porque todo este contenido, todas estas historias, todo lo que se dice, son realidades, que hoy no los vemos y que sucedió mucho antes de que nosotros fuéramos civilizados y bautizados, pero la historia sigue, el cuento sigue, los sitios siguen, los animales todavía siguen.

Hay un ejemplo que ustedes (los blancos) muchas veces me han dicho a mí: «Los indígenas son muy inteligentes, pero no tienen archivos, no tienen almacenado, no tienen páginas sobre todas estas cosas». Estos recogimientos de información o búsqueda de nuestra cultura, tenemos que buscar la forma de tenerlo archivado, tenerlo guardado, tenerlos en estos aparatos modernos, para tenerlos a la generación que viene, para la juventud que viene.

Es hora de que entre todos recojamos y demos la oportunidad a nuestros hermanos blancos para que cuiden nuestras tradiciones. Porque nosotros, cada vez que se muere un anciano, se va llevando una historia; cada vez que desaparece una raza, se va una biblia.

Reflexión de Héctor Gómez Tello

Yo soy de allá y conozco el contexto, más que todo cultural, y las mismas mezclas que hay de las personas que son hablantes ticunas y que no son hablantes ticunas, que son de otras culturas, pero que al final se entreteje un hilo muy común entre una y otra. En estas historias se diferencia la estructura o el manejo del diálogo y la expresión de cada comunidad. Hay unos que tienen la facilidad de contar bien las historias y se mira que hay algunos adultos que no están acostumbrados a contar su vida, a contar historias; cuando se sienten grabados como que se intimidan. Entonces, resalto mucho esa parte, porque es una forma de sacar la memoria de esos mayores que están en el olvido, que muy poco le importan a la gente. Lo primero que resalto del concurso es que trata de sacar esas historias de los abuelos, pero también se está aprovechando ese espacio para sacarlos del abandono, digo yo.

Los indígenas nos hemos criado con esas historias. Que a fulano le pasó, que cuando iba a la canoa, que un ángel o un animal se le apareció o se lo llevó. Esos mitos se los cuentan a uno de pequeño y luego uno los relaciona con cualquier acción o cualquier acto o momento en la vida de uno.

Reseñas de las historias ganadoras

***Primer lugar:**

Fermín Jordán Parente (San Antonio de Los Lagos)

Título de la historia: Me entregaron a mi mujer

Anteriormente, según la tradición ticuna, los casamientos eran planeados entre familias con muchos años de antelación. Aun así, en medio de esta práctica cultural pueden surgir bellas historias de amor. Fermín Jordán Parente se hizo acreedor del primer lugar de Herencia de mi Pueblo de esta versión con una anécdota contada en su lengua nativa, con mucha jocosidad y candidez. Él narra los diversos avatares que sobrellevó para hacerse con el amor de quien hoy sigue siendo su esposa.

“Es una historia cómica y romántica sobre el modo en que consiguió a su pareja. Una historia que inicialmente parecía que terminaría triste”,
Antonio Bolívar.

***Segundo lugar:**

Santa Santos Farías (Castañal)

Título de la historia: Guaymitiera

Los cuentos fantásticos de duendes, demonios y brujas también son parte de la selva amazónica. Lo que no es común es que esos cuentos

fantásticos, considerados por muchos habitantes como leyendas, tengan una aparente influencia de historias europeas. La Guaymitiera, una especie de bruja de párpados caídos que vive en la profundidad de la selva, ha capturado a un trío de niños y tiene el firme objetivo de engordarlos para poder meterlos a una olla y comérselos. Esta fábula, que inevitablemente nos recuerda a los hermanos Grimm, es contada en lengua ticuna por Santa Santos tal como la recuerda desde su infancia.

“En la antigüedad, existía un ser que vivía en la selva, este podía leer los pensamientos de la gente a pesar de estar en lo profundo de la selva, su nombre es Guaymitiera un ser que no se distingue si es hombre, mujer o animal. Su apariencia intimidante, hace que los lugareños lo recuerden como el guardián del bosque y protector de la naturaleza. Aquí Santa Santos cuenta una historia basada en este ser mítico, pero lo hace desde una versión que no conocía, una versión propia. Tiene una particularidad y es la originalidad de la narración. La historia despierta en el público chispas de interés (a pesar de ser contado en ticuna)”,
Héctor Gómez Tello.

***Tercer lugar:**

Albina Jaba Chuña (Isla de la Fantasía)

Título de la historia: La boa asesina

Las anacondas miden entre 4,5 y 10 m de longitud y son las serpien-

tes estranguladoras más grandes del planeta. Con este tamaño, no necesitan veneno para convertirse en una verdadera amenaza. Si bien los humanos no hacen parte de su dieta, existen reportes de personas que han sido atacadas por estos animales. Uno de esos casos lo cuenta Albina, quien, con amplio dramatismo y detalle, narra el fatídico encuentro que tuvo su hermano con una inmensa anaconda una tarde en la que él salió a cazar.

“La narración presenta una idea clara y muy bien contada, se desarrolla de forma coherente. Tiene un inicio, un nudo y desenlace. Logra transmitir emociones mediante su narración”,
Héctor Gómez Tello.

***Mención de honor:**

Joaquín Murallari Cisneros (Kilómetro 11)

Título de la historia: La Cacería

En la selva, las comunidades indígenas saben muy bien cómo convivir con los escenarios y las circunstancias que rodean su entorno. Enfrentarse a peligrosos animales, densas espesuras y caudalosos afluentes hace parte de su cotidianidad. Sin embargo, en esta historia, Joaquín narra las dificultades que tuvieron que pasar un grupo de cazadores luego de escuchar unos extraños ruidos. Esta cómica narración nos recuerda que en la selva hasta los más pequeños animales pueden asustarnos.

“Esta historia es importante porque nosotros tenemos unas fiestas y los animales también tienen sus fiestas. Lo que pasa es que esos animales que están en la selva, en el “frijaje”, son humanos como nosotros, pero nosotros los vemos como animales. En tiempos de “frijaje” ellos vienen a tomar, a bailar. Hoy en día no se presenta ese caso, pero la historia queda”,
Antonio Bolívar.

***Mención de honor:**

Hernando Lorenzo Agustín (San Sebastián de Los Lagos)

Título de la historia: El tigre

En los relatos de la antigua Amazonía, mezclando lo real, lo anecdótico y lo fantástico, los animales cuentan con características humanas, son capaces de discutir, rebelarse y pelear. En esta historia, Hernando Lorenzo recuerda la leyenda de un tigre que se enfrentaba contra el hombre de una tribu.

“Hermosa leyenda sobre la transformación del tigre, relato de la antigua Amazonía cuando los animales eran personas y se enfrentaban espiritualmente contra los humanos”. (Héctor Gómez Tello).



Las historias ganadoras, tras ser escogidas por un selecto jurado, fueron regrabadas profesionalmente. Aquí, Santa Santos Farías narra en el patio de su casa la leyenda de la Guaymitiera.



Albina Jaba, residente de La Isla de la Fantasía, un pequeño caserío a la orilla del río Amazonas, mereció el tercer lugar con una historia de la vida real sobre el encuentro que tuvo hace décadas su hermano con una inmensa anaconda.



Para las grabaciones profesionales, algunos de los ganadores decidieron narrar su historia con las vestimentas tradicionales de su comunidad. Con el apoyo de su esposa, Joaquín Murallari, quien recibió Mención de Honor, recreó con sumo cuidado a uno de los personajes de su cuento.



Los realizadores audiovisuales hicieron todo tipo de peripecias para lograr la mejor toma. Fermín Jordán Parente, ganador de esta versión de Herencia de mi Pueblo, fue grabado en su propio bote, el mismo en el que regularmente viaja desde su comunidad hasta Leticia para vender hortalizas.



En el auditorio de Cafamaz, en Leticia, cerca de 100 personas se reunieron para conocer y escuchar de viva voz las historias de los ganadores de esta versión. Niños, jóvenes y adultos aplaudieron con efusividad a cada uno de los participantes.



Hernando Lorenzo Agustín, miembro de la comunidad del Kilómetro 11, a 15 minutos de Leticia, recibió Mención de Honor gracias a una historia mítica sobre el encuentro entre un hombre y un tigre al interior de la selva.

NARRACIÓN ORAL

711 personas mayores, de todas las regiones del país, participaron en la categoría de Narración Oral. Durante tres meses estuvo abierta la convocatoria en la página web del proyecto para que las personas mayores y sus familiares alojaran sus videos caseros contando sus historias y compartiendo sus saberes por medio de una plataforma digital. Por un lado, dos jurados profesionales escogieron primero, segundo y tercer lugar y las menciones de honor. Por otro, los internautas, con sus votos, escogieron primer, segundo y tercer lugar en Elegidos por el Público. En total se obtuvieron 46.431 votos.

La categoría de Narración Oral es uno de los componentes más interesantes del proyecto Historias en Yo Mayor. Entendiendo que la literatura va más allá de la escritura, desde la primera versión del concurso planteamos una categoría que permitiera recoger anécdotas y relatos de aquella población mayor que, por diversas razones, no pudiera o no estuviera interesada en la narración escrita. Desde la versión anterior, se dispuso de la página web del proyecto para recibir, durante tres meses, las historias de todas las personas mayores de Colombia. La intención fue abrir la posibilidad de que, en cualquier parte del país, un adulto mayor o una persona cercana pudiera realizar una grabación casera (con un teléfono inteligente, cámara digital, webcam, entre otras) recogiendo la voz de un adulto mayor para participar en el concurso vía web. Esta modalidad de participación apunta a fortalecer, por un lado, la transmisión intergeneracional de saberes de las personas mayores; y, por otro, a incentivar la implementación y uso de las TIC en esta población. Además, busca hacer el concurso mucho más incluyente, para acoger a todo el país.

Asimismo, en Bogotá se idearon unas estaciones de grabación que, en alianza con el IDRD, recorrieron la mayoría de las localidades de la capital, buscando personas mayores interesadas en el concurso y, sobre todo, en participar en esta categoría. Se hicieron 13 estaciones en Bogotá y dos más en Soacha en las que se recogieron más de 300 historias.

Al cierre del periodo de convocatoria, participaron 711 personas, de las cuales los jurados Consuelo Luzardo y Margarita Pacheco es-

cogieron primero, segundo y tercer lugar, y cinco menciones de honor a nivel nacional. Ellas se mostraron admiradas por la originalidad, creatividad y emotividad de las historias.

Junto con estos premios, el proyecto entregó tres reconocimientos a los Elegidos por el Público, los tres videos más votados por los internautas. José David Pérez Lara, residente de Villanueva (Casanare), con 20.813 votos, se hizo al primer lugar de esta categoría. En su caso, la biblioteca municipal no solo le ayudó a grabar su historia, sino que, además, promovió la votación en la comunidad y fue clave para este triunfo.

El segundo lugar lo consiguió Bertilda Romero viuda de Romero, de Fómeque, Cundinamarca, con 13.011 votos. Por último, la tercera posición la obtuvo Blanca Emma Vargas de Romero, de Bogotá, con 5.917 votos. En los casos de Bertilda y de Blanca, fueron sus familiares cercanos quienes las ayudaron a participar y quienes promovieron su votación.

Cabe destacar que, al cierre del periodo de votación hubo 46.431 votos, recibidos de todo el país, demostrando de qué manera las distintas generaciones y las nuevas tecnologías se acercan cada vez más a las personas mayores.

Palabras del jurado

El 20 de diciembre de 2017, en Bogotá, los jurados de la categoría de Narración Oral del concurso Historias en Yo Mayor se reunieron a deliberar. La reconocida actriz Consuelo Luzardo y la periodista y columnista Margarita Pacheco fueron las encargadas de seleccionar las historias alojadas en el Especial Multimedia.

Con relación a las características de las historias que calificaron, los jurados resaltaron el talento, la seguridad y la diversidad que hay en las miradas y regiones plasmadas. En palabras de Margarita, “ellos son ejemplo para otros que van en camino a ser adultos mayores. (...) Finalmente, los adultos mayores son quienes transmiten el conocimiento y son los que educan”.

“Color esperanza”, relato narrado por Luz Idalia Ramírez, tolimense residente en Granada (Meta), obtuvo el primer lugar pues, en palabras de Consuelo Luzardo, “cuenta una hermosa historia con una gran coherencia y facilidad de expresión. Mantiene el interés y, por sobre todo, deja un hermoso mensaje de esperanza”.

En segundo lugar, fue elegido Noé Barrera Rodríguez, de Puerto López, Meta, con “El hijo del llano”. De su trabajo destacaron el amor evidente que tiene por su región, el valor estético de las coplas llaneras que recita, el acompañamiento con el cuatro y la presencia escénica del autor.

Por último, “Dame la mano insurgente”, de Mercedes Escobar Mar-

tínez, de Bogotá, fue la ganadora del tercer lugar de la categoría. De este trabajo resaltaron la belleza del poema que ella compuso y su interpretación.

Por otro lado, consideraron que Julio César Zapata, de Medellín, por su historia “El balón de la esperanza”, debía ser una de las menciones de honor debido a que, de una manera muy grata, narra una historia infantil pintando la atmósfera del pueblo y el balcón con gran maestría. Así mismo, otorgaron otra mención de honor a Fructuoso Velasco, de El Zulia, Norte de Santander, por su historia “Cayó el gigante”, debido al histrionismo con que narra y el llamado que hace a la memoria colectiva de una comunidad. También confirieron mención de honor a Felisa Dolores Mosquera Arias, de Buenaventura, Valle del Cauca, con “Los misterios sí existen”, por el matiz sobrenatural con el cual, en un contexto cultural difícil, aborda el asesinato de un familiar cercano. Igualmente de Buenaventura, María Agripina Caicedo León recibió mención de honor por su historia “Me llaman partera”; de ella, resaltan la expresión, la interpretación y el valor cultural de la práctica que retrata. Por último, la mención de honor restante la entregaron a Bárbara Porrás Saldana, de Ventaquemada, Boyacá, con su historia “Los limosneritos de Ventaquemada”, de la cual señalaron el suspenso que construye en una anécdota campesina con un lenguaje muy coloquial y una expresión fresca y autóctona.

Las dos jurados sugieren a los futuros participantes que aprovechen la riqueza de sus historias y las potencien estructurando mejor el relato antes de narrarlo en video. Es decir, que trabajen la narración

desde la coherencia interna, la relación entre el inicio, el nudo y el desenlace, para que sean aún más contundentes. Por último, los invitan a que practiquen más antes de grabar, para que al momento de “echar su cuento” puedan hacerlo con fluidez y capturen más la atención.

La totalidad de las narraciones elegidas por los jurados y las elegidas por el público se encuentran compiladas en el Especial Multimedia alojado en la página www.historiasenyomayor.com donde puede constatarse la diversidad y riqueza de las narraciones de esta versión. Historias en Yo Mayor agradece a todos los participantes y los invita a concursar en las próximas versiones.

Perfiles y reseñas de los ganadores

***1er lugar:**

Luz Idalia Ramírez (Granada, Meta)

Título de la historia: Color esperanza

Nació en Cajamarca, Tolima, pero vive en Granada desde hace 45 años. Estudió en la Escuela Normal Superior María Auxiliadora, en Granada, para ejercer la docencia, a la cual ha dedicado toda su vida. Ha trabajado con medios de comunicación, específicamente radio comunitaria. También es promotora de la lectura y la escritura, sus dos mayores pasiones. Se enteró del concurso por medio del grupo de adulto mayor al que pertenece.

Luz Idalia, con gran sentimiento, nos cuenta la historia de María quien ve en el color verde la representación de la esperanza que ha estado con ella en todo momento, desde su nacimiento, mientras crecía, luego cuando encontró su pareja y creó un hogar. Ahora, ese verde se mantiene como la esperanza de María de que su hijo, desaparecido hace varios años, regrese con ella.

***2do lugar:**

Noé Barrera Rodríguez (Puerto López, Meta)

Título de la historia: El hijo del llano

Nació en el año de 1936, en Cravo Norte, Arauca. En su juventud se

dedicó al campo, sobre todo a la ganadería, como arriero, viajando a diferentes lugares. Es músico autodidacta y compositor de todas sus coplas, las cuales abarcan gran diversidad de temas. Recuerda con alegría festejar con sus amigos los sábados, acompañados de bebida y coplas hasta el amanecer. Hoy se dedica a “medir las calles de su pueblo”, como él dice, mientras reparte su alegría.

Acompañado por su cuatro, Noé comparte su canción “El hijo del llano” en la cual, recurriendo a un ritmo muy tradicional de los llanos orientales, le canta a su región y a sus raíces. Con gran orgullo frente a su cultura, nos cuenta aspectos de su vida, al tiempo que nos brinda la mirada que tiene de su tierra.

***3er lugar:**

Mercedes Escobar Martínez (Bogotá)

Título de la historia: Dame la mano, insurgente

Escritora barranqueña, quien desde su juventud ha estado rodeada por el cine y las letras. A través de sus poemas y cuentos suele plasmar sus opiniones y experiencias. Su participación en el concurso la hizo en honor a su madre Carmen María Martínez, quien obtuvo la mayor votación del público en la cuarta versión de este concurso.

Tras recordar a su madre, Mercedes comparte “Dame la mano, insurgente”, un poema de su autoría, compuesto con motivo de los diálogos de paz entre el gobierno y las Farc. Ella hace un llamado a pensar una Colombia distinta, lejos de la violencia y las armas, en la que los

distintos bandos puedan vivir juntos, como hermanos.

***Mención de honor:**

Julio César Zapata (Medellín)

Título de la historia: El balón de la esperanza

Julio César hizo de todo en su vida. Ha sido taxista, empleado bancario, guía de turismo, tabernero, vendedor de tienda, culebrero y actor. En los últimos 15 años se dedicó a la docencia, en la que encontró una de sus verdaderas vocaciones. Se pensionó en 2014 y, desde entonces, ha encontrado en la promoción de lectura un nuevo interés.

“El balón de la esperanza” es una historia en que Julio César demuestra su histrionismo en medio de una narración tradicional y cálida. En ella, nos cuenta sobre un grupo de niños que, durante un partido de fútbol, lanza accidentalmente el balón a la casa de una vecina quien perfora el balón. Ante ello, los niños deben reponerse para enmendar el balón para que pudiera servir para ese y muchos otros partidos más que tendrían lugar en el barrio Buenos Aires de Medellín.

***Mención de honor:**

Fructuoso Velasco (El Zulia, Norte de Santander)

Título de la historia: Cayó el gigante

Zapatero de profesión, poeta y narrador nacido en 1950. La lectura y la fotografía son su pasión. Si bien actualmente no pertenece a ningún grupo de personas mayores ni a ningún espacio de formación, hace parte del Grupo de Amigos de la Biblioteca (GAB) del municipio. Se

enteró del concurso por medio del programa Más Familias en Acción.

En su historia “Cayó el gigante”, Fructuoso hace un homenaje a una ceiba que cayó en la madrugada del 5 de noviembre de 1995; una ceiba que cuidó la entrada del municipio de El Zulia durante cerca de 100 años; una ceiba que fue testigo, guardián, confidente y amigo de los zulianos. Este homenaje busca que la gente no olvide el árbol que tanto tiempo los acompañó y que, súbitamente, se vino abajo.

***Mención de honor:**

Felisa Dolores Mosquera Arias (Buenaventura, Valle del Cauca)

Título de la historia: Los misterios sí existen

Nació en Buenaventura, en 1955. Hizo hasta 4to de bachillerato, pues era el grado hasta el que podían estudiar las mujeres en esa época. Fue docente de taquigrafía en el mismo colegio donde hizo un técnico comercial, fue secretaria en una estación de policía y en el cuerpo de bomberos, del cual se pensionó tras 25 años de labor. Su pasión es leer y esto mismo la llevó a escribir un libro en conjunto con el cuerpo de bomberos.

Felisa cuenta dos episodios sobrenaturales, muy tradicionales en ciertas regiones del país, relacionados con la muerte de su hermano: en el primero, él se le apareció en sus sueños, le mostró cómo había sido su muerte y predijo algo que luego se haría realidad. En el segundo, cuando debieron mover el cuerpo de su hermano, tras cuatro años

de su fallecimiento, de la nada, aparecieron varios hombres que la ayudaron y, extrañamente, desaparecieron.

***Mención de honor:**

María Agripina Caicedo León (Buenaventura, Valle del Cauca)

Titulo de la historia: Me llaman partera

Nació en el municipio de Magüi Payán, en el departamento de Nariño, pero desde finales de los 90 se mudó a Buenaventura, donde terminó de criar a sus ocho hijos. Aprendió el oficio de la partería sola, “únicamente mirando”. Pertenece a la Asociación de Parteras Unidas del Pacífico (Asoparupa), organización a la que asiste todos los sábados desde hace 18 años y en la que participa en capacitaciones, fiestas y muchas otras actividades.

Con gran histrionismo y carisma cuenta cómo, desde los 12 años, aprendió la labor de la partería, viendo a las mujeres mayores. También, narra el primer nacimiento del que se encargó, en el cual ayudó a su sobrina a tener a su primero hijo. Después de este episodio, ella se volvió un referente para la comunidad. Es una narración en que María nos transmite el gusto y orgullo que siente por esta labor tradicional que aún ejerce.

***Mención de honor:**

Bárbara Porras Saldana (Ventaquemada, Boyacá)

Título de la historia: Los limosneritos de Ventaquemada

Nació en Ventaquemada, en 1942. Hizo hasta 3ro de primaria, pero ha realizado cursos de diversos temas, entre los que se destacan modistería, enfermería y producción de lácteos. Ama de casa, con 8 hijos y 10 nietos. En sus ratos libres asiste a reuniones religiosas y hace labores caritativas y de apostolado. Se enteró del concurso gracias al grupo de personas mayores que se reúne en el E.S.E. Centro De Salud Ventaquemada.

Con la naturalidad y el desparpajo propios de su región, Bárbara nos cuenta una historia que escuchó de sus abuelos; una historia en que se mezclan el humor, el terror y los cuentos de guacas tradicionales de Colombia. Es una mirada de lo sobrenatural que hay en muchos sectores rurales del país.

Elegidos por el público:

***1er lugar:**

José David Pérez Lara (Villanueva, Casanare)

Título de la historia: El gigante de San Pedro

Votos: 20.813

Durante décadas, fue caporal y baquiano de pura cepa. Apenas con 14 años, fue uno de los pocos que vivió cómo se fundó el pueblo de Villanueva, en Casanare, de donde es oriundo, pero que en ese entonces se llamaba Matasuelta y pertenecía al departamento de Boyacá. Actualmente cuenta con un pequeño negocio y regularmente asiste a la biblioteca Municipal de Casanare a que le presten libros, pues, como él mismo asegura, a pesar de que solo tuvo un año de estudio, siempre tuvo un particular interés por la lectura, principalmente por la historia.

Con 20.813 votos, fue ganador del primer lugar de la votación del público. Esta cifra se debe a un mancomunado apoyo de todo el municipio, representado en la biblioteca, la alcaldía municipal y la oficina de cultura de Villanueva. Su historia cuenta, en una mezcla de realidad y fantasía muy propia de la tradición oral de nuestro país, la presencia de un gigante de unos 10 metros que deambulaba por una meseta a las afueras del pueblo y que muchas personas han afirmado haber visto incluso en horas de la mañana, pero que siempre desaparecía en el mismo punto.

***2do lugar:**

Bertilda Romero (Fómeque, Cundinamarca)

Título de la historia: sin título

Votos: 13.011

Nació en 1928 en Fómeque, Cundinamarca. Es ama de casa y madre de 8 hijos. A pesar de nunca haber cursado un bachillerato, siempre le ha gustado aprender de geografía e historia, entre muchos otros temas. Sus hijas e hijos le ayudaron a practicar y grabar su historia, pues creen fervientemente en lo luchadora que ha sido y que nunca perdió la esperanza para salir adelante.

En su narración, Bertilda cuenta cómo se hacía la educación de la manera tradicional en algunos sectores rurales de Colombia. Ella hace un recorrido por las costumbres, las rutinas, las historias y los castigos propios de su infancia y de su juventud, haciendo hincapié en la profesora que tuvo en el colegio, que después de ser firme y exigente, mostró su lado más cálido.

***3er lugar:**

Blanca Emma Vargas de Romero (Pacho, Cundinamarca)

Título de la historia: La pachunita

Votos: 5.917

Oriunda de Pacho. Ha trabajado en una fábrica de galletas, una fábrica de tapetes, en el restaurante Palace, conocido por haber recibido a varios políticos durante la Conferencia Panamericana en 1948, entre

muchos otros lugares. Cuando se casó, se dedicó a su hogar y a sus 11 hijos, quienes le contaron sobre el concurso y la motivaron a participar. Le encanta tejer, jugar naipes y parkés. Disfruta mucho bailar y pertenece a un grupo de danza de adulto mayor.

En una narración que esboza una vida muy tradicional, Blanca reúne varios episodios que la marcaron y que aún hoy recuerda con gran sentimiento: su enfermedad y posible muerte a temprana edad, las pilatunas infantiles, el noviazgo en la juventud, la infidelidad matrimonial y el Bogotazo.



En Bogotá se organizaron, por primera vez en el proyecto, 13 estaciones de grabación que recorrieron la mayoría de las localidades de la ciudad, buscando personas mayores en parques, plazas, centros deportivos y casas comunitarias.

Centros Locales
de Movilidad
chapinero



Gracias a estas estaciones móviles conseguimos que más de 300 personas mayores de la ciudad contaran anécdotas, cuentos, chistes, poemas, reflexiones e historias cargadas de todo tipo de sentimientos.



El concurso se puso a disposición de los mayores: en las estaciones de grabación se recogieron las historias para luego subirlas a la plataforma. Así, permitimos que muchas personas, que no tenían conocimiento de las herramientas, participaran.



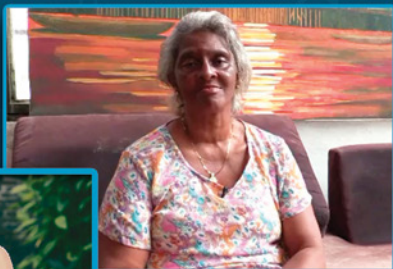
Luz Idalia Ramírez, del municipio de Granada (Meta), se hizo acreedora del primer lugar este año. Ella narra la historia de María, una mujer aguerrida que ve en el color verde la representación de la esperanza, que la ha acompañado durante toda su vida, incluso cuando su hijo desapareció.



Noé Barrera casi siempre está acompañado de su cuatro. A sus 72 años, se dedica a “medir las calles” de su pueblo, Puerto López. Con una de las tantas coplas con las que este llanero le hace una oda a su región, se hizo merecedor del segundo lugar del concurso.



Con un hermoso poema titulado “Dame la mano, insurgente”, que escribió cuando iniciaron los diálogos de paz entre Las Farc y el gobierno de Colombia, Mercedes Escobar mereció la tercera posición.



Las menciones de honor se quedaron en cuatro departamentos. De izquierda a derecha y de arriba abajo: Julio César Zapata (Medellín, Antioquia), Fructuoso Velasco (El Zulia, Norte de Santander), Felisa Dolores Mosquera (Buenaventura, Valle del Cauca), María Agripina Caicedo (Buenaventura, Valle del Cauca) y Bárbara Porras (Ventaquemada, Boyacá).



Entre los tres elegidos por el público, recolectaron 39.741 votos. José David Pérez (Villanueva, Casanare), fue el ganador con 20.813; Ber-tilda Romero de Romero, obtuvo el segundo lugar con 13.011 y Blanca Emma Vargas, el tercer premio con 5.917.

CUENTO ESCRITO

Cerca de 650 personas mayores, de 86 ciudades y municipios del país, participaron en la categoría de Cuento Escrito del concurso. Durante cerca de tres meses los textos participantes se recibieron en físico (en las urnas que el concurso dispuso en algunas bibliotecas, espacios culturales y centros de recreación de las instituciones aliadas) y en digital (en la página web del proyecto).

Durante tres meses, los promotores de lectura de las redes de bibliotecas y demás espacios aliados acompañaron el proceso de redacción y presentación de los textos de las personas mayores, ya fuese en físico en Bogotá, Cali, Boyacá y Buenaventura, o en la página web en todo el país. En total, se inscribieron 407 textos de manera virtual y 242 en físico.

Después de un arduo proceso de deliberación a cargo de la periodista Marta Ruiz y el guionista y director César Acevedo, se llegó al fallo definitivo de la categoría, quienes destacaron el uso de las fuentes testimoniales y la mirada que los autores le dan a la violencia, sobre todo a la bipartidista y al impacto del Bogotazo. En esta sección podrá encontrar los textos que fueron seleccionados por el jurado que cumplió con la difícil tarea de elegir las 8 historias que ganaron junto con una serie de finalistas, que acompañan estas páginas.

Los trabajos aquí compendiados se escogieron de entre una muestra representativa de 43 cuentos, preseleccionados durante la instancia de prefiltro, según la estricta tutela de los criterios del concurso (los tres ejes temáticos: esperanza, reconciliación y tradición; redacción, originalidad, sintaxis y cumplimiento de los requisitos de participación). El resultado habla por sí mismo, representa la suma de voces diversas, cultivadas y sensibles. Es la muestra de la creatividad literaria que el concurso entrega a Colombia, en su sexta versión, y que da cuenta, una vez más, de ese mágico trance entre la memoria, la vida y la imaginación.

Palabras del jurado

El 14 de diciembre de 2017, en Bogotá, se reunieron los jurados de la categoría de Cuento Escrito, del concurso Historias en Yo Mayor. La periodista Marta Ruiz y el guionista y director César Acevedo escogieron los cuentos ganadores, menciones de honor y finalistas, que encontrará a continuación.

De manera general, los jurados señalan que en muchos casos hay una exploración de estructuras narrativas que aportó riqueza a los textos. Llamen la atención sobre la manera en que algunas de las historias beben de la oralidad y de los saberes ancestrales y tradicionales, reivindicándolos y estableciendo puentes entre distintas culturas. Por último, resaltan el tono natural y anecdótico de algunos cuentos, pues permiten ver fácilmente el lado humano de las historias y los matices de los personajes.

“Cartas inéditas a los vivos muertos: 9 de abril”, escrito por José Orlando Ramírez, nacido en el Valle del Cauca, fue el ganador del primer lugar. En palabras de César Acevedo, este cuento “es una manera muy bella de hablar de, no solo un contexto histórico y de lo absurdo de esa guerra, sino también de la importancia del perdón y la reconciliación (...) plantea un camino de esperanza”. En lo formal, César comenta que “tiene frases muy bellas, es una poesía”, mientras que Marta Ruiz hace hincapié en que “tiene una estructura muy atípica, una estructura que no es lineal”, lo cual lo vuelve muy llamativo.

De la misma manera, “De puños, estrellas y boinas en el barrio Olvido”, escrito por Édgar Hernando Moyano, proveniente de Bogotá, recibió el segundo puesto. Este cuento “tiene la intención de hacer un relato y no solo contar una anécdota; intenta construir un ambiente, un clima, un desenlace; tiene un principio y un final”, comenta Marta Ruiz. Frente a este cuento, los dos jurados coincidieron en que el final tiene gran fuerza, debido al desenlace inesperado que tiene el personaje principal.

Por último, “Encuentro con Ziruma, la palabrera”, de Josué Alberto Correa Valbuena, oriundo de Boyacá, consiguió el tercer puesto. Para Marta Ruiz, esta historia “rescata mucho la ancestralidad y el tema del encuentro cultural. Es uno de los cuentos con más esfuerzo de hacer un relato, superar lo anecdótico e ir a lo descriptivo”. Los dos jurados coincidieron en que es muy meritorio el puente que intenta tejer entre la cultura indígena y la cultura occidental, buscando puntos de encuentro.

Asimismo, los jurados consideraron que el cuento “Estado de gracia”, escrito por Gabriel Ángel Arango (Sabaneta, Antioquia), debía recibir una Mención de Honor debido a que, con un humor y una coloquialidad muy bien trabajados, construye una anécdota recurriendo a una estructura narrativa interesante. También a “Las enseñanzas del día jueves”, de Tania Mora, de Bogotá, le fue otorgada otra Mención gracias a la manera en que trabaja el reconocimiento de género y aborda la sexualidad sin prejuicios ni valoraciones morales, en medio de un grupo de trabajadoras sexuales. En cuanto a “Animas meas”, es-

crito por Hernán Pérez, residente de Chía, Cundinamarca, los jurados consideraron que debía ser Mención de Honor, pues trabaja, por medio de una estructura narrativa muy limpia, la violencia sin hacerle apología; además, retoma la tradición de las ánimas. Para terminar, dieron la última Mención de Honor a “Un cuento de guerra”, escrito por Juan de Jesús Herrera, de Calarcá, Quindío; de este cuento resaltaron que logra mostrar la guerra desde el lado humano, desde los lazos afectivos, la amistad y el cariño, para terminar mostrando que estar en la guerra no es simplemente una elección.

Los jurados también aprovecharon para invitar a las personas mayores a que exploren más la ficción, tanto para iniciar las historias, como para usarla a modo de herramienta para transformar una anécdota en un cuento, con una trama definida y con un conflicto concreto. Así, pueden alejarse de lo netamente testimonial y experimentar la escritura literaria. De la mano con esto, hacen el llamado para que sean más rigurosos en el uso del narrador y en la definición de los personajes.

La totalidad de los cuentos ganadores, las menciones de honor y los finalistas se encuentra en este libro, en el cual puede constatarse la diversidad y la riqueza narrativa de los participantes de este año. Historias en Yo Mayor agradece a todos los participantes y los invita a concursar en las próximas versiones.

GANADORES



Cartas inéditas a los vivos muertos: 9 de abril

Por José Orlando Ramírez (Bogotá)

El trotamundos de José O. nació en Toro en 1947. A raíz de la guerra bipartidista y por el asesinato de Gaitán, fue forzosamente desplazado cuando aún era un bebé, junto con toda su familia. Ellos emigraron a Manzanares, Caldas. El cuento-historia está inspirado en la autobiografía de su padre Bernardino Ramírez (1898-1975). El escritor tiene otros cuentos inéditos creados para sus dos hijos. Nunca ha tomado talleres de escritura y su primer concurso de escritura es en Historias en Yo Mayor.

Este cuento, escrito en 2014, fue releído, destilado y corregido en 2017 para el concurso Historias en Yo Mayor.

*“Cuando la Razón duerme,
se producen las pesadillas” (Goya)
**origen de todas las guerras,
errores y sus horrores.***

Uno

abril 9 de 1948. Viernes. Bogotá 1:05 pm. Tres (3) tiros certeros y mortales.

abril 9 de 1948. Viernes. Toro 1:30 pm.

Noticias en la radio: **“¡Mataron a Gaitán! ¡Mataron a Gaitán!**

¡Mataron a Gaitán! Uno / Uno/ Uno /

Uno dos y tres/ Acabemos todo/ Acabemos todo de una vez

Toro, Valle del Cauca:

¿Qué hacemos ahora, don Bernardino? ¿Envasamos el resto del jarabe?

—¡NO! NI UNA BOTELLA DE GASEOSA MÁS. CERREMOS ESTO, QUE TODO ESTO SE ACABÓ. ¡VÁYASE PARA SU CASA!

Don Bernardino tenía una gran tienda, una fábrica de gaseosas muy exitosa, un gran cultivo de uvas listo para ser cosechado y negociado en Cali. Él, de familia conservadora, vivía en un pueblo casi totalmente liberal.

Don Bernardino y doña Tulia, casados, con tres hijos: el mayor de 6 años, su hija de 5 y el menor de 5 meses 20 días y unas pocas horas de nacido. El hermano del fabricante era el Cura Párroco, quien vivía con toda su familia, también godos. Dejó todo listo. Apagó las luces. Cerró la tienda sin sacar nada. Cerró la fábrica sin mirar atrás. Corrió velozmente. Llegó a su casa. Habló con mi madre de la fatídica noticia y de todo lo que se avecinaba vertiginosamente en picada. Mientras tanto, se iba formando la fanática turba ciega y enloquecida, dirigida por el querido amigo, el médico de cabecera de la familia, quien había atendido todo el embarazo del benjamín, recientemente traído por la cigüeña.

Ya con la mecha encendida lista para volar todo el polvorín, el doc-

tor, con otros amigos y clientes, destilando ira y sed insaciable de venganza, cumplía la consigna de guerra: —**Matar a todos los Conservadores y cualquier cosa que oliera a Azul; todos ellos viles asesinos del Doctor Jorge Eliecer Gaitán.**

Alrededor de las 5 de la tarde, atacaron todas las casas y negocios de los Conservadores. Saquearon la tienda. Destruyeron la fábrica. Las calles de Toro fueron entapetadas de dulzura con todos los bultos de azúcar de la fábrica. Todas las vides cortadas y sus racimos jugosos deliciosos y maduros fueron pisoteados. Su mosto sació la sed profunda de la Tierra. Al mismo tiempo se escuchaba la sangrienta rima: **“Uno/ Uno/Uno//Uno dos y tres//Mueran todos//Mueran todos//Mueran los godos//Mueran todos los godos//Mueran todos los godos de una vez.**

Buscaron nuestra casa para sitiarla y tomarla a sangre y fuego. Mi padre, con revólver en mano, atrincherado con todos los muebles, asegurando puertas y ventanas, defendía nuestras vidas.

Ante el imponente asalto rojo, mis papás con pánico y terror, corriendo desafortadamente, cruzaron solares, saltaron tapias, finalmente, llegaron a la casa de unos amigos leales y liberales. Su casa nos sirvió de Santuario durante ocho días. Yo lloraba desconsoladamente, no por hambre ni por tener el pañal mojado, sino por el terror espeluznante por no poder comprender nada de lo que ocurría a mi alrededor. Los golpes, tiros, machetazos y madrazos me causaron una “fiebre emotiva muy alta”. De un estado de paz, tranquilidad, alegría y amor, mientras era lactado por mi madre, en un brevísimo instante,

por el eco de tres (3) tiros disparados a cientos de kilómetros, pasé a vivir el pánico más profundo. Revolcándome en los brazos maternos que me sostenían en esos momentos aciagos. Cósmicamente Yo Sentía, Existía y Vivía... *Todo perdido / Perdido todo / Todo cortado abruptamente / Todo oscuro del negro más tenebroso / Terror / Dolor / Sufrimiento / Horas largas eternas infernales* / un poco comparado con los gritos silenciosos que viven los niños inocentes, cuando son abortados-asesinados por sus propios padres, en sus propios vientres maternos.

dos

Bogotá, Suba Rincón. Abril 9 de 2014, 9 AM, 67 años después...

Recostado en mi cama, con el celular apagado, en medio de la semiconsciencia, floto entre la realidad y el sueño de experiencias vividas intensamente y sus memorias grabadas con fuego, cincel y martillo en mi sub-consciente; pensamientos oscuros y profundos que no hacen distinción entre el AYER y el HOY. Hay vacíos existenciales impenetrables en mi historia, pues mis padres no me hablaron de ello. Yo tampoco se los pregunté. Cuando decidí hacerlo, ya era demasiado tarde, excepto... por unos pocos detalles y con ellos lleno vacíos insondables del mar en que floto. Viajo a mi Pasado.

Mis padres en ningún momento me transmitieron odios ni rencores, ni deseos de venganza política, ni colores de partido ni sus ideolo-

gías; tampoco posiciones de derecha o izquierda: solo su buen ejemplo.

La luz juguetona del Sol golpea a mi ventana para que la abra y pueda entrar e iluminar todos los rincones y recovecos en penumbra de mi existencia. Veo y escucho a todos los vendedores callejeros y voces de carros y camiones despertando de sus sueños y descanso merecido. Continúo flotando. Uno puntos del AYER con los del HOY, con el único objetivo de exorcizar fantasmas y vampiros chupadores de sangre, fuego y energía vital para mi existencia. Descorro cortinas de sombras para que mi futuro brille mejor HOY, con los colores del Arcoíris y Arreboles de Auroras Boreales.

Ya en altamar, abro puertas y ventanas a un nuevo renacer y... así continúo mi viaje por las Arenas Doradas del Tiempo, con el niño de 67 años 5 meses 20 días y unas horas de nacido, el mismo quien vivió aquellos siniestros tres (3) PUM PUM PUM en Toro, la Tierra que me vio nacer. HOY aspiro su Luz y Aire aquí en Bogotá. Dichos PUMS crearon el gran Tsunami a lo largo y ancho del país. Efecto Mariposa; raíz del desborde de la gran represa de emociones políticas reprimidas acumuladas durante tanto tiempo entre Liberales y Conservadores. Al romperse sus muros de contención, se llevó todo por doquier. El final de esta historia hecatombita, sólo yo lo decido con la respuesta única, balanceada, estética, armónica, entre Razón y Corazón.

Levar anclas de cargas cargadas de interpretaciones distorsionadas de eventos del Pasado: días de persecuciones, huyendo de la sentencia de muerte declarada firmada y ejecutada por aquellos sordos a la Razón y ciegos a la lealtad y amistad. Mis padres, hermanos y yo

fuimos traicionados en un instante por el doctor y amigo, convertido en el enemigo acérrimo mortal y líder del pelotón de ajusticiamiento, para pasarnos a todos nosotros, al Frío Rojo Paredón.

Agradezco a Dios y a mis padres por engendrarme en aquel pueblo vallecaucano. Gracias por el Aire, Tierra y Mar, Sol, Luna y Estrellas que me vieron y se alegraron mucho al yo nacer. AYER los contemplé. HOY los disfruto. MAÑANA los viviré con otros 67 años... listos para existir.

Concilio, Reconcilio y Perdono aquello y a aquellos que, en un instante de locura de frenético frenesí desenfrenado, causaron y nos hicieron tanto daño en el Tiempo y la Distancia, causando el viraje brusco del timón de mi nave; cambiándole su curso y llevándola del Pacífico Mar, a las aguas tormentosas truculentas del Triángulo de las Bermudas y Mar de los Sargazos. HOY, tras un largo viaje de muchos años navegando por el transatlántico, navego por las aguas azulosas sosegadas y reflexivas del Océano Pacífico. Continúo mi travesía hasta llegar al Puerto Seguro de la línea infinita del horizonte, donde los labios ardientes del Sol radiante besan las aguas profundas del Mar y el Azul profundo del Cielo, en un bello atardecer postrero.

Perdono todo el daño que me he causado y causado a otros. Dejo el papel cómodo-incómodo de víctima buscando culpables para ser ajusticiados. Asumo el papel protagónico estelar que por nacimiento me corresponde, haciéndome responsable por todos mis actos del Presente, Pasado y Futuro, todos conectados con el mismísimo HOY, que ya se fue, sin decir siquiera adiós.

Mis papás ya fallecieron con todos mis tíos, tías y abuelos. El doctor con sus amigos y familiares también se han marchado. A todos estos últimos, Yo Perdono, por el mal que nos causaron y a toda nuestra descendencia. Perdón por todos los siglos de los siglos.

El abril 9 de 1948 abraza y besa al 9 de Abril de 2014, en un acto de amor, engendrando Paz, Perdón y Reconciliación.

y tres

CARTAS INÉDITAS

Bogotá, 9 de Abril, 9:00 AM de 2014

Apreciado Doctor - E.S.M.

Gracias porque usted atendió exitosamente el embarazo de mi mamá y el nacimiento de un precioso niño: ¡YO!, ahora modelado y esculpido por el tiempo. Gracias por la palmadita en mi cola para que yo respirara; aún lo hago después de 67 años... Gracias, porque mis padres pasaron con usted momentos muy agradables, tomando tinto y gaseosas deliciosas y frías, todas fabricadas por mi papá. Quizás, hablaban de política y se calentaban un poco. Comprendo y lo entiendo que tres simples disparos de revólver sonaran tanto e hicieran tal daño cual cañón de 9 pulgadas y fueran su punto de quiebre y el detonante para hacer todo lo que usted hizo; causando tanto daño y dolor. Soy ignorante de su dolor y sufrimiento físico y moral que usted vivió durante tantos años en la sobriedad, después de la borrachera borras-

cosa nuevembrina abrilesca gaitanesca por haber traicionado a sus amigos, simplemente por ser Azules y con sangre tan Roja como la suya. Creo que el precio pagado por usted fue mucho mayor, a todos los daños que nos causaron.

Atte., José Orlando Ramírez Mejía, hijo de don Bernardino Ramírez Sendoya y de doña Tulia Mejía López.

P. D.: Todo está perdonado y borrado. Todas las facturas que tenía en su contra, todas las rompí. Todas las quemé. Sus cenizas esparcidas por la faz de la Tierra, ahora son fertilizantes para las semillas del Perdón y Reconciliación. Esperemos ansiosamente todos sus dulces frutos y muchas cosechas de PAZ.

Bogotá, 9 de Abril, 9:00 AM de 2014

Apreciado joven José Orlando Ramírez M. - E.S.M.

Muchas gracias por su conmovedora carta, la cual me causó unas cuantas lágrimas furtivas operáticas. La leí con sus papás quienes están a mi lado, junto con el curita, su tío, que nos mantiene despiertos y riendo siempre a mandíbula batiente, contándonos chistes, sin repetir ni uno. A parte de todo, él vive pelándonos casi todo el tiempo jugando parkés. Gracias por su perdón y rocío refrescante. Usted me ha liberado de una enorme carga y roto la larga cadena de pesados eslabones que me impedían ser completamente feliz. Tantos años, toda una eternidad, esperando su sonrisa de bebé y del niño de 67 años 5 meses 20 días y unas pocas horas de nacido.

Atte.: El Doctor

P. D.: Yo sí te di tu primera palmadita en tu cola, y como no respirabas, te las repetí. Tus papás me autorizan para darte otras de otra forma, si tu mal comportamiento lo amerita. Puedes continuar respirando, tranquilo, vivito y juicioso.

Bogotá, 9 de Abril, 9:00 AM de 2014

Amigo Doctor, gracias por su carta y por las palmaditas extras. Gracias a ellas, hoy tengo dos hijos vivos y uno aleteando en el Cielo. De vez en cuando necesito palmadotas para caminar derechito sin desviarme a diestra ni a siniestra.

Atte.

Su amigo José Orlando

P. D.: Mi mamá me llamaba Lanito y no sé por qué.

Bogotá, 9 de Abril, 9:00 AM. de 2014

Hola, Lanito ¿Me permite? Mucho me alegran sus cartas. Yo Sí sé por qué te llamaba Lanito. En otro ratito te doy la razón. A propósito, por aquí no se utiliza lápiz ni papel, tampoco e-mails ni celulares, mucho menos plumas, de lo contrario andaríamos siempre desplumados por el curita que nos despluma con su juego de parqués. La dulce ironía: todo, pero es todo, todo requetetodo se escribe en el Azul profundo del Cielo, con letras blancas de nubes juguetonas, bailando al son del soplo del viento, con puntos y comas de relámpagos y centellas. En una de sus cartas, me preguntaba por qué las encabezaba con Bogotá, porque todos nosotros gozamos del pasaporte X-VIP y Visas

Universales. Tus papás me han mostrado tus cartas y algunas hacen que yo conserve el único Rojo, al Ruborizarme por algunas cosas que haces ¡Ave María! ¡Qué horror! Espero que no te molestes porque yo estoy muy bien informado, sin necesidad de chuzar teléfonos ni e-mails. Tenemos nuestra propia red de informantes que nunca falla: los Ángeles de la Guarda, aunque los llamen guardias, celadores, wachimans o entrometidos. Por aquí no hay secretos, en la Tierra SÍ. Continúo aceptando tu perdón y así sigo ascendiendo muchos anillos arriba del escalafón celestial.

Atte.

Tu amigo el Doctor

P. D.: Me toca correr, antes de que salga “el Pistolero más Rápido del Oeste”. ¡Uy, la Embarré! “el Mensajero más Rápido del Ala Oeste del Cielo”.

HAY MÁS CARTAS INÉDITAS



El Señor
Nueve de Abril de Mil Novecientos Cuarenta y Ocho

Descanse en la PAZ de su SEÑOR

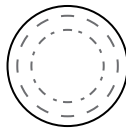
José Orlando Ramírez Mejía, Señora Adriana María Ruiz Muñoz,
hijos Juan David y Andrés Felipe; abuelos, tíos y tías –QUEPD–;
invitan a todos sus familiares amigos y allegados, a las
Exequias, Novenario y Misas de Réquiem Solemnes por su

Amigo y Compañero
9 de Abril

1948 † 2018

Ceremonias Religiosas:
Lugar: Carrera 7 con Calle 13
Hora: 1:05 de la tarde
Fecha: 9 de Abril de 2018,
en su 70º Aniversario

Descanse en Paz con el Perdón y
Reconciliación: Esperanza del
Futuro Mejor iniciado Ayer,
vividlo HOY,
continuado en el Mañana. Jorm/17



De puños, estrellas y boinas en el barrio Olvido

Por Édgar Hernando Moyano (Bogotá)

Nació en Bogotá en 1956. Carpintero de profesión. Le fascina el tango y la salsa. Ha participado en festivales sobre la Sonora Matancera. Además, colecciona relojes y radios antiguos. Su escritor favorito es Gabriel García Márquez, y, en su tiempo libre, escribe poemas influenciado por el movimiento nadaísta. Cada sábado se reúne con sus amigos para discutir sobre literatura. Nunca ha tomado talleres de escritura.

*“Recuerda tu humanidad y olvida el resto”,
Albert Einstein.*

El derecho a soñar, aunque no está incluido en la declaración de derechos humanos, es, a mi modo de ver, el rasgo fundamental para que la especie dignifique su paso por la tierra.

—¿Has leído a Martin Luther King? —Enrique Contreras habla con un entusiasmo que hasta el día de hoy no he logrado percibir en otra persona.

Es 29 de octubre de 1972, es un domingo frío como cualquier otro. No llegan a ser las 9 de la mañana, en el barrio Olvido, pedazo de tierra de nadie, donde terminaron construyendo sus ranchos los campesinos desterrados de La Violencia, mal-fundado por urbanizadores piratas, corsarios contemporáneos sin escrúpulos. Enrique se empuja

con poca gracia un sorbo de chirrinchi que le trajo un amigo suyo de Maicao, me pasa la botella y prosigue con su disertación.

—Vea, hermanito, lo que este país necesita es que los pobres nos organicemos... —mientras continúa, yo solo puedo prestar atención a su apariencia: totalmente de negro, un joven demasiado delgado, con manos huesudas; le faltan tres dientes; no mide más de un metro cincuenta, por eso calza zapatos de triple plataforma.

—¡Allá viene el Che, allá viene el flaco Enrique! —dicen las peladas del barrio que lo reconocen a metros.

—¿Sí me está prestando atención, hermanito? ¿O se apendejó? —me pasa un cigarrillo y pienso que todos los niños tienen derecho a un héroe. Enrique es el mío.

Ninguno de nosotros entiende en ese momento que los setenta serían fundamentales en la historia moderna de las sociedades: The Rolling Stones y el Hipismo, la Guerra fría y las dictaduras al sur, los movimientos estudiantiles, las minifaldas y el Frente Nacional. ¿Qué nos puede importar, si la guerra es con el día a día, con el hambre, con la falta de servicios básicos? En el barrio Olvido los niños y los jóvenes no saben sobre el mañana, su único capital es el presente, que aprietan entre sus manos como protegiendo su propia existencia. Enrique y yo seguimos hablando en la esquina frente a la tienda de don Domingo, que aún no abre. Bajando la montaña vemos al Gordo Fernando, gritando y brincando de la felicidad:

—¿Qué pasó hermanito? —le pregunta Enrique, intentando sacarlo de su estado de exaltación.

—¡Somos campeones mundiales, somos campeones del mundo, carajo!

—¿Campeones?, deje la gritería gordo pendejo y explíquese —le digo.

—Claro, como estos pobres vaciados no tienen televisión, no saben en qué mundo viven. En boxeo, pendejos, anoche el Kid Pambelé le quitó el título en diez rounds a Alfonso “Pepermint” Frazer, ¡Campeones mundiales! Ese es el negro más teso del mundo, ya declararon tres días cívicos en la costa, y dizque el presidente va para allá, pola, ron y rumba. San Basilio de Palenque ya tiene su héroe.

El Gordo toma sin pedir permiso la botella de chirrinchi, se toma un trago largo y se marcha gritando de felicidad. Pasaron algunos segundos de silencio eterno, Enrique buscaba las palabras precisas para cada momento.

—Hermanito, que Pambelé haya quedado campeón no cambia nada, las gentes de este barrio seguirán hurgando las basuras para sobrevivir. Acá no pasa nada, mataron a Gaitán, no hay agua en la Luna, Camilo se fue a la guerrilla y no volvió, los Beatles se separaron y el mundo sigue igual, sigue girando, como dice el Jefe Daniel Santos en el Tíbiri Tábara. Tal vez esto lo pudo cambiar el Che, un teso de verdad verdad. Ese sí sabía. Tan pronto me gane unos pesos, me compro una boina y me encargo de organizar a nuestra gente. Qué Pambelé ni qué ocho cuartos.

Enrique está en pleno discurso y lo interrumpe don Domingo, que ya subía la reja de su tienda:

—Chino, no hable tanta mierda y ayúdeme con estos costales. Hoy saco la olla y hacemos sopa para los pelados del barrio.

Enrique respeta profundamente a don Domingo, sabe que su única intención es ayudar a que los jóvenes no cojan malos pasos.

—¿Amaneció regañón?, entonces dígame, don Domingo, ¿cuál es el man más teso del mundo?

Con la tranquilidad que solo los años pueden otorgar, el tendero del barrio Olvido responde:

—Pues Gardel, mijo, nadie más que Gardel.

Del fondo de la tienda de don Domingo, como un tsunami, sale Gringo, un perro callejero, tuerto, cojo, viejo y pulguiento, el mejor amigo del tendero y de muchos del barrio Olvido, inseparable y fiel, respetado por jóvenes, señoras y niños.

—La vida siempre es mejor con un perro, no lo olviden chinos pen-dejos.

Don Domingo vive con su esposa que no dice más que sí o no. Quedó como muerta en vida hace unos años cuando se les murió su hijo de año y medio, fue un sarampión no tratado. Por el barrio Olvido no llega la salud, solo la parca de cuando en cuando. El entierro del niño tocó en volqueta. La señora cubre su cuerpo con un manto negro todos los días, la gente dice que no se ha muerto porque don Domingo le cuenta día y noche historias sobre las estrellas.

—Vea, mija, esa es Rigel, Centuri, Canapus, Agena, Vega, y esa, mija, la que más brilla, esa es Miguelito, nuestro hijo.

Don Domingo dice que aprendió de las estrellas por su padre, en el

campo de Boyacá:

—A falta de televisión, cada noche nos contaba una historia diferente —dice con rostro de alegre melancolía. Nadie sabe si es verdad o simplemente las nombra al azar.

Dice que cada estrella es un alma buena.

—Esta mañana me dijo que hoy no debería morirse nadie —nos dice don Domingo.

—¿Quién le dijo? —le preguntamos.

—Pues, ¿quién va a ser?, mi mujer, pendejitos.

Ante la poco probable noticia, Enrique me mira como buscando un cómplice para emprender la marcha, pero yo no entiendo, en esas pasa Pilar y doña Lucrecia, su madre; Pilarcita, cosita rica, con esa mujer no hay cuentas que hacer, toca gastarse la vida, con esas caderas dejó sin aliento a más de uno. Enrique, producto de los chirrinchis y como vía de escape a la conversación con don Domingo, le grita a Pilar:

—Mamacita, una sonrisita para este pobre Che, déjeme sacarle pieza que yo con usted diez hijos y más, vea que algún día me cuadro y mando a traer cosas de Maicao para montarle un negocito; Pilar, mamacita, casémonos mañana mismo.

Ante las palabras de Enrique, Pilar se sonroja y doña Lucrecia se voltea y le grita:

—Siga soñando y no se bañe, pendejo. Coja oficio, chino igualado, pobretón, barrio de viejos cochinos y chinos poco sirve.

Yo creo que la respuesta no le importa a Enrique. Sin embargo, se levanta y me dice que regresa en un rato. Yo me quedo ayudando a

don Domingo.

Sobre las 11 de la mañana, el Gordo Fernando y un grupo de pelados borrachos suben de regreso al barrio, gritando arengas por el triunfo de Pambelé. Gringo, el perro de don Domingo, les sale al paso y sus ladridos alborotan al resto de canes del barrio.

—¿Cómo va la sopa, pelado?, si quiero ser el Pambelé blanco, me toca estar bien alimentado, ¿qué se hizo el Che? —me pregunta el Gordo.

—Dijo que no se demoraba, yo creo que se fue a conseguir flores por si vuelve a ver hoy a Pilar.

El Gordo suelta una risa tremenda.

—Hermanito, doña Lucrecia ni loca deja meter a ese soñador con sus ojitos, ese pelado tiene que poner los pies en el suelo, de reciclador no pasa.

Mientras el Gordo y su combo se toman unas cervezas, a lo lejos se ve subir a doña Lucrecia con un galón de cocinol.

—Mire a la vieja estirada, también cocina como el resto de los pobres del barrio Olvido —me dice el Gordo, que cada vez está más borracho y pesado.

Me percato de que con doña Lucrecia no viene Pilar y pienso que seguro se encontró con Enrique y andan por la Plaza de Bolívar dándoles maíz a las palomas y comiendo helado. Me entran ganas de cama, de regresar al rancho y dejarme vencer en el radio colchón, me gustaría llegar y escuchar Yerterday, al Jefe Daniel Santos o esa canción tan bonita que nos presentó don Domingo hace unas semanas, una

de Serrat Tu nombre me sabe a hierba. Reviso mis bolsillos en busca de monedas para llevarles unas panelitas a mis hermanos, pero solo encuentro dos cigarrillos rotos.

—Nos vemos, Gordo, me voy a buscar a Enrique. Dejen ya la pendejada de Pambelé, y pilas con los malos tragos —parece que nadie me escucha. Con una venia me despido de don Domingo que ya alista los palos para la sopa comunitaria.

Cada tanto es 29 de octubre de 1972, en mi memoria. Sobre las 12 del día, a dos cuadras de llegar a la cuadra donde estaban los ranchos donde vivíamos Enrique y yo, una muchedumbre se agrupa, a lo lejos se escuchan patrullas. Pilar sale del tumulto llorando y se lanza sobre mí.

—Yo le dije que dejara de pensar pendejadas, que nos fuéramos lejos —me dice la niña llorando.

Como puedo, me abro camino y veo los zapatos de triple plataforma y un charco de sangre.

—Algo habrá hecho. Pero si era un buen muchacho. El pelado era sano. Mataron al Che —la gente de barrio Olvido murmura.

Me dejo caer de rodillas y pienso una y mil veces que pude ser yo, que debí acompañarlo, que los sueños y los héroes también se mueren.

Han pasado diez siglos, o veinte, no lo sé. Han pasado presidentes, palacios en llamas, carteles, novelas, libros, ilusiones, fracasos, triunfos. Pambelé defendió su corona dieciocho veces. Ahora que ya perdoné los domingos, no me gustan los lunes. Ahora con mi cabello lleno de canas recuerdo a mi héroe, a Enrique Contreras, el Che del barrio Olvido.

Encuentro con Ziruma, la palabrera

Por Josué Alberto Correa Valbuena (Bogotá)

Nació en Güicán de la Sierra (Boyacá). Vive en Bogotá, donde fue docente de artes en la localidad de Ciudad Bolívar. Actualmente disfruta de la pensión y sus pasatiempos son leer, escribir, pintar y jugar ajedrez. El amor por la literatura nació gracias a sus abuelos que cada noche, alrededor del fogón, le contaban relatos y cantos. Ha participado en el concurso de “Bogotá en 100 palabras” y ha tomado talleres de literatura en la Biblioteca Virgilio Barco y en Casa Tomada Libros y Café.

Ese día, un ciclón rondaba las costas del mar Caribe. El viento revolcó la arena en remolinos. De encimera se sumó una fuerte lluvia horizontal. Llevado por el viento y la lluvia, resulté en una planicie donde los lagartos y los alacranes corrían a refugiarse entre piedras oxidadas. Grité y me contestó el graznido de un cuervo. Sentí pasar una bandada de golondrinas. Recordé que, cuando llegó el coletazo de la tormenta, mis acompañantes no habían comenzado aún la travesía por las dunas.

Cuando traté de levantarme, vi todo nublado. La bruma olía a desesperanza. Lloré lágrimas de arena. En cuatro patas subí a un cerro con la intención de observar a lo lejos. Solo vi cactus, halcones y una iguana asustada. Corrí loma abajo hacia una planicie, con la esperan-

za de conseguir ayuda de alguien que viviera en esas lejanías. Caminé horas por entre bosques espinosos. El sol fue achicharrando las hojas, las tripas me crujían y la garganta clamaba por una gotica de agua. Llegué a un sitio donde el reverberar del sol hacía ver los árboles temblorosos y difuminados. Lo primero que percibí fue el silencio. Intenté romperlo, la voz no respondió. En un pequeño bosque encontré una hamaca abandonada, en ella caí rendido. Me sirvió de albergue. Toda la noche, los rostros sonrientes de mi esposa, mi hija quinceañera, una pareja de profes, el guía y un joven biólogo asilado en Estados Unidos, que trajo a su hijo adolescente a que conociera sus ancestros, estuvieron presentes tal cual la última vez que los vi antes de irme como voluntario a explorar las dunas de Taroa, en la parte más septentrional de Sudamérica. Al amanecer, vi una lechuza, (mi abuela decía que eran aves mensajeras de presagios). Me llegó el palpito de que mis acompañantes estaban a salvo.

Con el saludo del sol sentí ladrar perros. Intenté levantarme, no pude. Al ratico, un tropel pasó por mi lado. Era una manada de chivos, tal vez buscaban agua o refugio en las sombras. Por entre la polvareda que levantaron vi venir un bulto. Me limpié los ojos. ¿Será una duenda?, ¿o serán visiones por las primeras resolanas del día? —me pregunté—. La imagen del bulto se fue acercando con pasos lentos. Se detuvo frente mí. Era una mujer de unos 35 años. Tenía una mirada fija. Su rostro con dibujos en forma de espiral me hizo recordar las dunas con huellas de remolinos. Su cuerpo mediano y delgado lo cubría una manta que armonizaba con las flores de cactus. La manta caía hasta sus alpargatas, o guaireñas, como le dicen en esa península. Un collar

de semillas se escondía por entre su mesurado escote. De su hombro izquierdo colgaba una mochila de vivos colores. Sobre su cabeza lucía un sombrero de paja con un letrero: Wayú. En su mano derecha, llevaba un bastón con otro letrero: Pütchijú. Con un lenguaje solemne, después me explicó los significados: ‘hijos de la tierra’ y ‘búsqueda de armonía a través de la palabra’, según ella, arte que aprendieron de los pájaros para resolver conflictos con cautela y lucidez.

—Tranquilo, sus compañeros están bien —me dijo.

No supe cómo lo supo. Tampoco pude hablar. De su mochila sacó un pequeño calabazo y me brindó un sorbito de chirrinchi. Dijo que era bueno para calmar los dolores y espantar los malos espíritus. Le hice caso, el tal chirrinchi entró por mi garganta como arena caliente. Me explicó que estuve de buena suerte, porque la Majayura no se percató de que andaba perdido. Que ella es un espíritu que se presenta como princesa hermosa y se lleva a los hombres a una cueva donde los tiene como esclavos.

—¿Y usted no es ella? —se me ocurrió preguntar.

Sonrió.

—Ya está volviendo en sí. ¡Otro chirrinchi! —dijo y volvió a sonreír.

Me tomé otro, pero seguí con la duda de si ella era la tal Majayura que quería emborracharme y llevarme.

—Si desconfía puede irse, le enseñaré a guiarse por el canto de los pájaros y el vuelo de las libélulas. Aquí los caminos son invisibles. Las huellas las borra el viento. Si se resuelve le indicaré dónde tenemos a los otros alijunas que venían con usted. Están escondidos, porque rondan alijunas de malas intenciones buscando niñas jimayas,

—¿Niñas qué?

—Jimayas son las que están aprendiendo el camino de niña a mujer.

—Disculpe, ¿qué aprenden? —pregunté. Por sus gestos me pareció que fui imprudente.

—Mmmm, consejerías sobre cocina, sanaciones, tejedurías y otros quehaceres del hogar. Lo hacen con las abuelas. Dicen que es el rito de las doce lunas para un buen caminar por la vida.

Se sentó en el suelo, colocó su oído contra un árbol, de inmediato se levantó y estiró su cuerpo como hacen las garzas cuando hay señales de peligro. Su voz apacible, sus manos de tierra y sus ojos oscuros me hablaron al tiempo:

—Quédese en la hamaca muy quieto. Si lo descubren no hable. Yo digo que es un gringo que viene a buscar curación para una enfermedad contagiosa.

Colocó ramas sobre la hamaca y se fue. Me quedé como una momia. El tropel que llegó esta vez era de hombres armados. La mujer, que apareció de la tierra, se fue alejando sin voltear a mirar. Desplegaba los brazos. Parecía una corocora queriendo volar. Los del tropel la alcanzaron, la encañonaron, le gritaron que no se hiciera la loca. Les respondió que batía sus alas para espantar el calor. Cuando le preguntaron por las jimayas, les dijo que se habían ido a la Sierra Nevada; de una cachetada la tumbaron, le advirtieron que si era mentira vendrían por ella.

—Me llevarán de rastra —les contestó.

No discutieron más, tal vez iban de afán. Ella entró al bosque y al rato volvió con la cámara que se me había perdido, me mostró fotos de mis alijunas, como nos llamaba. Estaban acostados dentro de un matorral y tapados con hojarasca. Intenté gritar, ¡están vivos! Colocó su mano en mi boca y me dijo al oído:

—Más tarde vamos a la hojarasca. Según los sueños, ustedes son alijunas de confiar. A los otros los llamamos Uchi (pájaros de mal agüero).

De su mochila me brindó arepas con chicha cerrera. Los pájaros de mal agüero no se me borraban. Con dificultad pude sentarme.

—Para esas dolencias tengo sanación —dijo y fue a un árbol, escarbó y apareció una múcura, quitó la tapa de tusas y con una totuma sacó un líquido verduoso.

Me hizo tomar la mitad, con el resto me frotó. Al rato pude levantarme. Cuando le pregunté por el remedio, sonriendo me mostró la múcura. En el fondo, entre yerbas estaba una serpiente gris de cola amarilla. Me explicó que esos animales se relacionan con el espíritu de los muertos.

—Ya me siento mejor —le dije a la curandera, princesa, bruja, maga, chamana, historiadora... no supe cómo definirla. A lo mejor de todo tenía.

—Entonces vámonos. Según los sueños debemos trastearnos lo más pronto.

—¿Los sueños?

—Sí, nuestras creencias y saberes llegan con los sueños. Vienen de

los abuelos.

—¿Y a dónde vamos?

—Ya veremos. Sígueme —dijo y salió caminando en zigzag por entre los arbustos. Me los iba enseñando—: este es el cactus cardón; aquellos, el trupillo y la pringamoza; los otros, el puy, el cañahuate y el dividivi. Quizá por la sonoridad de los nombres me pareció que los estaba cantando. Al llegar a un sitio de troncos quemados y pisos de ceniza, se agachó y cerró los ojos. Otra vez, en mi mente, los del mal agüero.

—Esto fue lo que quedó de mi ranchería —dijo y suspiró.

—¿Qué pasó? —pregunté. Por mi mente rondaron miles de imágenes, desde dioses hasta fantasmas.

—Pasó, que una tarde, mi sobrina de 13 años tiró arena a los ojos al jefe de los Uchi y se le escapó por entre el chiribital. Las balas no la alcanzaron. Corrió durante tres días hasta cruzar la frontera con Venezuela. Por esa afrenta se desquitaron con la familia. Ahí murieron mis padres. Eran Taitas palabreros.

—¿Cómo te salvaste?

—Estaba en otra ranchería recogiendo muertos, las mujeres nos encargamos de los entierros. Hacemos dos: el del cuerpo y años después el del espíritu. De aquí fuimos varias, cuando llegamos, el sitio era otro desierto. De la líder Uriana solo encontramos un brazo, de Wayrana, la matrona más antigua, la cabeza colgada en su hamaca. Aquí volví a recorrer mis pasos, a rescatar los vivos y a despedir los muertos.

Con esa historia quedé mudo. Nos fuimos metiendo por una especie de zanjón que serpenteaba por entre los espinos. Sin voltear a mirar, mi guía dijo que así pueden quedar los lechos de los ríos que se quieren trastear. Al llegar a un bosque más tupido se detuvo, luego de un rato de silencio silbó imitando las mirlas. Como un embrujo salieron niños y niñas de entre la hojarasca. La abrazaban, reían y corrían a su alrededor. Les dio dulces e instrucciones en su idioma. Se vistieron con ramas y se distribuyeron en el entorno. Con ella seguimos caminando agachados por entre libélulas azules y mariposas amarillas.

—Son de buena suerte —dijo.

—Lo mismo dice García Márquez —le expresé.

—Él aprendió de nosotros y se convirtió en “palabrero mayor” —me contestó.

Más adelante gateamos por debajo de un bosque, las ramas llegaban hasta el piso. Limpiamos la hojarasca y entramos a una cueva por una escalera de varas amarradas con bejucos. Mientras imaginaba cómo sería el hábitat de la Majayura, sorprendidos abrazos llenos de sudor y optimismo llegaron a mi encuentro. Eran mis acompañantes de viaje, algunos habían perdido la esperanza de volvernos a ver. A la luz de una vela, con carne seca, arepas, chirrinchi y tinto hicimos tremenda celebración. Mientras llorábamos y reíamos, el hijo del biólogo miraba distraídamente una araña que estaba tejiendo su nido. Se le acercó.

—No la mate —dijo la que nos había reunido.

El niño no le respondió, se quedó sembrado mirándola. De castella-

no solo sabía la palabra “gracias”.

—No la matará —dijo el biólogo. Le habló al niño en japonés, este sonrió.

—Mi abuela decía que las arañas son sagradas, que nacieron de una princesa que se le apareció a un joven cazador, se amigaron y ella le contó un secreto. Se enamoraron, pero espíritus del mal emborracharon al joven y le robaron el secreto, cuando el joven fue a pedirle perdón, ella se convirtió en araña.

—¿Y cuál era el secreto? —preguntó mi hija.

—El arte de tejer. Desde entonces el espíritu de la tejendera nos acompaña. Aquí todo lo hilvanamos y lo tejemos; desde las cercas hasta los sueños.

La que nos iba llenando de interrogantes se asomó a la entrada, nos indicó que saliéramos con cuidado y en silencio. Un arrebol que se estaba despidiendo hacía ver más nítidos los rostros canela de los niños que se asomaban por entre las ramas. Caminamos hasta llegar a un laguito al que llamó Jagüey. Era diminuto, pero cabía la noche estrellada y una luna blanca que con el pequeño oleaje parecía sonreír.

Cuando el biólogo le explicaba a su hijo lo que es un jagüey, intervino la que no perdía ocasión para contar historias de su entorno:

—Explícale también que a los jagüeyes y a las playas les está cayendo un polvo negro que el viento le roba a un demonio que sobre hierros pasa haciendo ruido hacia el mar, es un demonio que lleva a los barcos piedras de fuego que sacan del corazón de nuestra tierra. Cuéntele que, para mover los carros, de aquí sacan combustible, mientras

nosotros continuamos viajando en burros, como les tocará esta noche si logran salvarse, como espero. Cuando en sus cómodas casas estén saboreando comidas, posiblemente preparadas con nuestra sal de Ma-naure, acuérdense de que por debajo de este suelo corre un gas que llega a sus estufas, mientras aquí seguimos cocinando con leña.

—Ya llegamos con su encargo —interrumpió una pareja de jóvenes que apareció con tres burros.

—De aquí en adelante ellos los guiarán. Escuchen sus recomendaciones. Por ahora recojan suficiente agua y tengan presente: en este territorio, para ir lejos hay que andar despacio y en silencio.

—¿Y sumercé? —pregunté intrigado.

—¿Yo?, seguiré el camino de la espiral.

—¿De la espiral? —preguntó mi hija.

—Sí, aquí hemos convivido con sentimientos extremos. La muerte nos acecha a diario en nuestra lucha por la vida que es un camino en espiral. La espiral es nuestro símbolo. Representa la unión del pasado, el presente y el futuro. La espiral la caminamos, la pintamos, la tejemos, la bailamos.

Mi esposa le preguntó por su nombre. Dijo llamarse Ziruma. En el abrazo de despedida, le pregunté a Ziruma por qué había contado lo que había contado. Esta contestó:

—Es posible que no nos volvamos a encontrar. Quiero que lo que han oído, sentido, visto y escuchado, lo den a conocer, ojalá tal cual, con trazos y señas. Quiero que el mundo sepa que aquí seguiremos venciendo la guerra con nuestra única arma: ¡la palabra!

MENCIONES DE HONOR



Estado de gracia

.....

Por Gabriel Ángel Arango (Sabaneta, Antioquia)

Oriundo de Campamento, Antioquia. Aunque durante su vida se ha desplazado por todo el país, ahora está asentado en Medellín. Estudió ingeniería catastral en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, en Bogotá. Sus raíces campesinas lo hacen amar la naturaleza y el aire libre, la fauna y la flora. Hace poco, en un taller de escritura en Medellín, descubrió en las letras una nueva pasión que está comenzando a explorar con esta historia que marcó su vida.

—¡Medardo, por Dios! —gritó Pastora.

—¿Qué le pasó? —respondió él.

—Que a mí se me olvidó que hoy es Viernes Santo.

—Cómo se le iba a olvidar, eso no se le olvida a ningún cristiano.

—Bueno, eso no fue lo que se me olvidó, sino que no tenía leña pa'l fogón.

—Ah, eso sí es problema, porque hoy no se puede rajar leña. Le toca meterle esos palos enteros al fogón.

—Bueno, le meto los palos enteros al fogón, ¿y qué voy a cocinar si también se me olvidó dejar el revuelto pica'o?

—Y, entonces, ¿qué hacemos con todos estos muchachitos llorando de hambre?

—Nos tocará pecar. Vaya raje la leña mientras yo pico las yucas

—Ponga mucho cuida'ó no se vaya a cortar una pata con esa hacha; bregue a no hacer mucho ruido, porque eso también es peca'ó.

—Y usted mire mucho no se vaya a cortar un dedo con ese cuchillo, porque ese puede ser el castigo por estar tan elevada.

—Yo no voy a tener vida mientras el domingo que salga al pueblo y me confiese y comulgue pa'que mi Dios me perdone esta ofensa —dijo él.

—¿Y yo qué?, a mí que me toca esperar un mes a que el padre baje a la vereda.

—Un mes, no, usté se va conmigo el domingo, porque no puede esperar tanto tiempo sin recibir el perdón.

—¿Cómo me voy a ir, con quién voy a dejar estos diez muchachitos?

—Ellos se cuidan solos, así nos damos cuenta si los más grandecitos ya sirven pa'algo.

—¿Usté sí cree, Medardo, que yo soy capaz de ir y volver en un día?

—Nos vamos mañana a medianoche, llegamos al pueblo a las siete de la mañana, dentramos a la misa de las ocho, le decimos al padre que nos confiese, porque no podemos comulgar sin que nos perdone este peca'ó, comulgamos y, sin más demoras, arrancamos pa'acá otra vez.

El sábado a medianoche Medardo despertó a Pastora

—Mija, levántese que ya nos vamos. Por el camino de aquí pa'allá no vamos a hablar es nada, eso nos ayuda a enmendar la culpa. Cada uno lleva su jíquera con una botella de aguadulce y arepas pa' calmar el hambre. Lleve usté el farol que yo no lo necesito, no lo vaya a dejar

apagar y ande rápido, mejor dicho, sígame el paso.

—Medardo.

—¿Qué le pasó?

—Que con tanta soledad por este camino me agarró la pensadera.

—¿En qué viene pensando?

—En que nos puede ocurrir una desgracia.

—¿Qué desgracia nos puede ocurrir?

—No sé, que los pájaros se coman la cosechita, o algo así.

—Tengamos fe que después de este arrepentimiento no nos va a pasar nada.

Salieron de la iglesia, confesados y comulgados y con el pecado perdonado.

Cuando venían en el filo, estaban todos sus hijos en el patio gritándoles que se apuraran.

—¿Cuál es el afán?

—Que la niña Inés se cayó y se hizo un hueco en la cara.

—¿A dónde está ella?

—La madrina se la llevó pa'que se aliviara allá.

—Se lo dije, Medardo, que yo presentía una desgracia.

—¡Ah!, menos mal fue solo eso, yo pensé que eran los pájaros que habían venido.

Las enseñanzas del día jueves

Por Tania Mora (Bogotá)

Nació en 1941 en Bogotá. Realizó su bachillerato en el Colegio Aurelio Tobón de la Universidad Libre, donde ganó un concurso de literatura, en que Gonzalo Arango fue jurado. Es Microbióloga Médica de la Universidad de los Andes. De su padre, gerente de la Editorial Biblioteca La Gran Colombia, surgió su pasión por la escritura. Siendo Concejal de La Mesa (Cundinamarca), realizó programas como el “Concurso Nacional de Poesía”. Le encanta leer la obra de Germán Castro Caycedo y escribir. Según Tania: “Uno escribe para entregarse a alguien”.

Valió la pena ingresar como rural en salud, a ese rincón selvático en los años 80, ataviado con el frenesí de aves cantoras y de poderosas leyes respetadas por sus indígenas, ignoradas por el colono, incomprendidas por los violentos, pero reconocidas por las meretrices que allí vivían. Libros y crónicas, sustentadas en la verdad, resultaban cuentos de hadas, frente a esas realidades, ligadas entre sí, por un peculiar sentido de la vida que tenían sus habitantes. Ni imaginar lo que ocultaban en su universo cada una de las 27 meretrices que sobrevivían en un atolladero rodeado de espinas, en ese, su mundo, a donde fueron lanzadas, por diferentes violencias y conflictos ajenos a sus vidas.

Qué difícil resultó proyectar su problemática, ante una sociedad hipócritamente discriminatoria y hostil, al extremo en que la gente

evitaba pasar por los alrededores del único Centro de Salud de la zona, el jueves, el día de ellas, de “su revisión higiénica”, a fin de obtener su “Certificado de salubridad”.

Advertida de sus conductas inapropiadas, me presenté frente a ellas, objetiva, sin prevenciones, de pie, dando un vistazo a sus miradas, a sus reacciones, a sus gestos. Con algo de desparpajo pude atrapar su atención con nuevos anuncios: el certificado será entregado personalmente, queda restringido para quienes promuevan el desorden, importante su aseo personal y una mejor presentación personal antes de llegar a sus exámenes. Sin más preámbulos, inicié el registro de sus identidades, con documento en mano. ¡Increíble la edad de las dos mayores! 36 y 39 años. Las demás estaban entre los 16 y 29 años. Sin excepción alguna, todas tenían un sobrenombre.

La presencia de una niña indígena de tan solo 12 años llamó la atención. Rauda, apareció una de las mujeres y la cubrió con su cuerpo, alegando que la niña estaba limpia, impidió su registro. Insistió en que la niña está limpia; la habían escondido muy bien, después de haber sido entregada por alguien, a la gorda Dioselina, la noche anterior. Sentí paralizadas mis manos, por vez primera estaba frente a una realidad, en esencia, desconcertante y cruel.

A pocas horas de iniciadas nuestras labores, de pronto, el pequeño recinto se vio invadido por unos gritos estruendosos, provenientes de las mujeres en espera de ser atendidas. Enardecidas, daban fuertes puñetazos contra la puerta del consultorio del médico responsable del examen ginecológico, querían derribarla. Había amenazas en coro y

groserías de grueso calibre. En medio del escándalo se escuchaba el llanto angustioso de la niña indígena desde dentro del consultorio. Sobraban las explicaciones y, por lo tanto, no serían necesarias las amonestaciones. Estas mujeres manifestaron de lo que eran capaces de hacer en defensa de la menor: “El hombre malo no podía colocar en su cola las cucharas de hierro que eran solo para las p... como ellas”. Querían hacer justicia con sus propias manos, la que no pudieron con quienes eliminaron a sus seres amados. Todo les recordaba el ruido de las balas, los resabios de las semillas, bellas flores sembradas en ollas viejas, convertidas los domingos en un par de aretes de fantasía.

Los gritos de la pequeña alborotaron sus recuerdos. Sintieron que sus esperanzas quedaban hundidas en la nada, anhelaban “que un hombre creyera en su verdad por esa única vez en sus vidas”.

Con dificultad, cuatro obreros lograron desaparecer al médico, sin que nadie volviera a saber nada de su existencia. Hasta el día en que el Taita Simanojoy, luego de resguardar a la niña, aseguró que: “La Anaconda que vivía cerca al río, se lo había tragado de un solo bocado por ser malo con la niña”. Se refería a ese río caudaloso, rebosante de vida, capaz de ver el alma de los taitas y los chamanes, el que limpiaba el cuerpo de las meretrices muchas veces al día, mientras sus hijos, inocentes y puros, jugaban con sus criaturas. Furioso, agitaba sus aguas cuando los taladores de selva pasaban riendo de sus fechorías. Era el prestidigitador nocturno del futuro de los árboles, que se erguían a su alrededor cual mastodontes protectores de los nidos, de la hora suprema de los astros y de las noches infernales de aquellas

mujeres que exponían sus vidas por unos pesos, provenientes de hombres ebrios, cubiertos de sudor viscoso, maloliente, hombres que solo buscaban sus cuerpos para descargar sus odios si algo salía mal. De pronto, hasta podían dejar su cadáver cubierto con sucios colchones tirados sobre el piso de tierra y si tenían hijos, estos desaparecían como por encanto, antes de que alguien se ocupara de su cadáver.

¡Qué bien por ellas!, cuando amanecían vivas y podían encontrar a sus hijos sanos y salvos, todo “gracias a los espíritus que el indio Santiago colocaba sobre sus cabezas, a cambio de nada; esos billetes traían mala suerte y olían mal, ¡mejor aceptaban los de los gringuitos que venían en busca del ritual del Yagé!”.

Poco a poco, en ese, su día, iban hilando sus historias. El tono de su voz, el carraspeo de sus gargantas, el sonrojo de sus mejillas y su querer hablar por horas ininterrumpidamente las obligaban a desgranar sus relatos como si fuera su último jueves, su última revisión higiénica. Presumían su muerte, no solo a manos de algún cliente, también por la mordedura de una serpiente o de una enfermedad incurable.

Había mofas y burlas cuando sugería que merecían respeto y consideración. Ignoraban que su aceptación de vestir diferente en su día, asear sus cuerpos, cubrir sus rostros con vaselina en vez de pintorrear sus ojos y sus labios con maquillajes ordinarios, protestar ante la gorda Dioselina y tener valor para contar sus historias sin escrúpulos a una desconocida, significaban que querían ser respetadas y consideradas. Parecían cotorras, opinando entre ellas: “De esas cosas raras que hablaba esa señora: ¿qué era eso de correr sobre los rieles y re-

bullir el sufrimiento, hasta encontrar la esperanza? ¿Cómo se podían rebullir por dentro?”. El regalo que me hiciera un joven indígena del nido abandonado del pájaro mochilero fue el mejor de los ejemplos: sus nidos son grandes, tejidos pacientemente con sus picos; le van dando una forma maravillosa y segura para la puesta de sus huevos. Hay que aprender todo de la naturaleza. A pesar de no haber logrado que se entendiera del todo el mensaje, sí percibí su inquietud y simpatía.

Repudiaban la palabra ‘perdón’, al punto que escupían al piso cuando la escuchaban mencionar.

“¿Acaso, quién las perdonaba? ¿El cura que prohibía su entrada a la iglesia y las maldecía por querer planificar o las “damas de la petrolera o algunas auxiliares a priori de enfermería que, por obligación, las tenían que “atender”?, ¿acaso les perdonaron la vida a sus hermanos, a sus vecinos, a sus amigos?”.

Las llamaba con simpatía: Las 10 rebeldes con causas, lideradas por la “Caleña”, 22 años, bonita, incorregible, diabética, usuaria de la brujería. Creía mucho en los maleficios, en cómo “embolatar a un hombre” y hacer que le diera mucho dinero “a las buenas”; incrédula, “no comía cuento”. Ignoraban que sus historias, sus enfermedades y su tenacidad las hacían mujeres de gran valía, para quienes sabemos jerarquizar lo bueno y positivo que hay en el otro, el del lado, como el joven médico que reemplazó al hombre malo con la niña, un joven vivaracho, hijo de un prestigioso cirujano de la Capital. Antepuso el amor por su hijo, como yo por el mío a nombre de ellos. El jueves de mamá también sería el de sus hijos, “sí... sería el día de los 11 hijos

de las meretrices, incluyendo los tres niños especiales”; era el día de revisar sus dientes, sus ojos, sus oídos, de hacerlos sentir dignos de toda atención.

Las rebeldes con causas hicieron toldo con ese hombre, con el médico que, en medio de chistes y bromas, les habló del espéculo vaginal, las buscaba en su lugar de trabajo, para desearles un feliz cumpleaños. Evento que le originó fuertes críticas destructivas por, supuestamente, “desprestigiar su profesión, irrespetar el título y atentar contra el buen nombre de la Universidad”.

Por la significación de alta peligrosidad que tenía la carretera que servía para llegar hasta donde ansiosa lo esperaba “La ardilla”. El camionero era considerado un verdadero héroe, al concluir un viaje de más de 22 horas, de estar bordeando una serie de abismos terroríficos, de vencer una serie de obstáculos que ponían en peligro su vida. Amaba a esa joven de 19 años, introvertida, dulce, comparada la belleza de su pelo, con la de la cola de la ardilla. Ella pertenecía al grupo de las incrédulas, aun así, no perdía la esperanza de encontrar a su hermanito menor: sabía que estaba vivo, habían podido huir los dos, pero lo perdió antes de llegar a este lugar por accidente.

Los domingos en horas de la mañana, acostumbraba visitar un pequeño caserío, habitado por una familia indígena, experta en hacer “limpias contra el mal de ojo”. Temía que, por envidia, alguien atentara contra la belleza de su cabello. La acompañaba “la rodillona”, de 39 años, afectada en sus rodillas por artritis reumatoide. Ella confiaba en la mezcla de hojas de marihuana con aguardiente que rezaba el taita,

antes de rociar sus rodillas y que luego envolvía en unas hojas anchas de color morado.

El camionero era mayor que La ardilla por 14 años, nada quiso saber de su historia, ni de las razones por las cuales trabajaba con la gorda Dioselina. Después de su quinto encuentro, le dejó algún dinero para su sustento, de manera que le alcanzara hasta su próxima llegada, con la condición de no asistir a ningún cliente que no fuera él. Le temía a la sífilis. Ese día, ella lucía una blusa blanca y una falda azul oscura que había escogido de entre las cajas llenas de ropa usada en buen estado, que fueron enviadas desde la capital por amigos y familiares, concedores de las inclemencias que rodeaban a esta población.

Después de ese día, transcurrieron cuatro meses y el camionero nunca llegó, se escuchaban muchos rumores sobre un fatal accidente que hubiera podido sufrir. En ese tiempo, muchos conductores de buses perdieron la vida y otros quedaron atrapados bajo un derrumbe. La comida escaseaba en el lugar. “La ardilla” entró en depresión, por primera vez quiso contar su historia, enternecía la limpieza de sus palabras, temblaba cuando recordaba sus angustias y sus miedos. Quiso tomar el camino del alcohol, pero con la ayuda de las bromas y los chistes, de los ejemplos con los pájaros y sus nidos, pudo ser disuadida. Con muchas dificultades y confiada en su palabra, fue recomendada para trabajar en casa de personas conocidas.

No hubo despedidas, no hubiera podido hacerlo, no solo, porque sus rostros tenían un color distinto al que encontré, sino también porque aun las rebeldes se quedaron con algo mío: mi respeto y mi considera-

ción para todas ellas, con los ejemplos de bondad y de respeto de mis padres.

Hicieron falta dos semanas para terminar mi rural. Corría el peligro de ser secuestrada, según el comandante del ejército.

Animas meas

.....

Por Hernán Pérez (Chía, Cundinamarca)

Nació en Medellín en 1951. Vivió en distintos lugares y hace 30 años se estableció en Bogotá. Realizó estudios de economía en la Universidad Nacional de Colombia. Ha trabajado como comerciante. Pertenece al grupo La Tinaja en la Casa de la Cultura de Chía, donde publican una revista de circulación nacional y una antología anual de cuento. Le apasiona la lectura y la escritura. Vive bajo la filosofía de “escribir un poco y leer algo más”.

Eran las cinco de la tarde de un viernes. En el bar “El Caliche”, los parroquianos reían entre chistes y bromas que amenizaban con cerveza y aguardiente. Algunos, como era costumbre, jugaban en mesas de billar Champion que mi padre había importado de Europa. Sin embargo, a pesar de las risas nerviosas y los chistes flojos contra el gobierno, en la atmósfera soporífera de esa tarde, flotaba una sombra de presagios. El aire inmóvil desde muy temprano se había enrarecido.

Los ‘pájaros’ irrumpieron en el salón atiborrado y comenzaron a disparar. Usando escopetas de fisto y machetes fueron matando a todos los presentes. Era una masacre anunciada, pues los rumores, de que allí se reunían los ‘cachiporros’ a conspirar contra el gobierno con mi padre a la cabeza, se había presagiado como todo lo que venía sucediendo en el pueblo.

Mi padre por designio de la casualidad fue avisado cinco minutos antes de la hora fatal:

—Señor, su mujer fue llevada a parir de urgencias al hospital.

—¡Ánimas del purgatorio, sálvalos a ella y a mi hijo! —gritó mi padre y salió despavorido del cafetín de putas y parroquianos del que era propietario.

De no ser por el carrerón, estuvo a punto de toparse de frente con los ‘pájaros’, que al grito de ¡Abajo los cachiporros, viva Cristo rey!, descargaron sus armas y sus machetes, dejando viudas y huérfanos por doquier.

A la hora malhadada, mis hermanos y yo nos encontrábamos refugiados en una casona cerca del pueblo, preparados para, en cualquier momento, salir y escapar de las amenazas de muerte a mi padre. Tan solo un año atrás había sido despedido del ferrocarril del Pacífico por liberal. Fue uno de los primeros maquinistas de locomotoras pagadas con los dólares que los gringos dieron al gobierno como compensación por la toma de Panamá.

Mi madre y mi hermano murieron en el parto. Derrumbado por tantas veleidades, mi padre estuvo a punto de perder su fe de católico, pero siempre conservó ante todo su devoción por esa imagen atormentada de las Ánimas. En las noches, al acostarnos, nos decía:

—Encomiéndense a las benditas Ánimas del purgatorio, porque Dios nos ha abandonado.

Desde el día en que mi padre había escapado de la masacre, se corrió la voz en los pueblos vecinos de que uno de los sentenciados había

logrado evadir la muerte. La cacería se reinició y hasta la policía politizada atizaba las llamas de la violencia.

La matrona que había atendido los cinco partos de mi madre llamó desde Yumbo y, en la bocina de la oficina de teléfonos, se le oyó gritar:

—Compadre, la vaina se va a poner bien fea, es mejor —le dijo con voz apremiante— que ustedes salgan de allí. En verdad, compadre, que la cosa se va a poner fea, más fea de lo que está —le increpó a mi padre.

Los días siguientes trataba mi padre de alistar la vieja camioneta Willis roja, que en otras épocas le ayudó en el comercio de mercancías que llegaban importadas al país: paños ingleses, sedas italianas, perfumes de París y hasta esencias orientales. Él siempre fue un luchador incansable. Conoció a mi madre en una de las tantas ferias de pueblo y, para conquistarla, aprendió sastrería. En el Valle les cosía a los ricos que, por esa época, eran escasos, pero pagaban con morrocotas de oro. Cosió para ella su vestido de quince años, a los dieciséis se casaron a escondidas y se escaparon huyendo de la ira del suegro en un bergantín de contrabandistas desde el puerto de Buenaventura. Al regreso, y con los ánimos ya calmados, se metió en tantos oficios que mi madre apenas podía creerlo. Fue con el doctor Halish Mendieta, mi padrino, fundador de la Asociación de Homeopatía. Años después, fue autodidacta de contaduría y hasta él mismo llevaba sus libros de cuentas y gestionaba sus aportes al fisco, hasta que le dio por ser maquinista de ferrocarril y ahí empezaron las desgracias.

El compadre Nemesio apresuró el café de las cuatro de la mañana

acompañado como siempre de un aguardiente blanco:

—Compadre —dijo grave y consternado—, viene en trenes la chusma enfurecida, porque se cayó el gobierno.

Mi padre había pedido protección para la familia ante el alcalde de un pueblo vecino:

—Señor —le respondió el alcalde—, no podemos garantizar la seguridad que reclama, pues usted bien sabe que, a pesar de las promesas del gobierno de que no habrá más masacres perpetradas por paramilitares, le aconsejo que tenga mucho cuidado y traslade a su familia a un lugar donde no tenga problemas —la voz del alcalde se oyó carraspeada de aguardiente y tabaco.

Desde hacía un mes no paraba de llover y el río del pueblo, hecho un tremedal desbordado, inundaba las sabanas, entorpecido por escombros de lodo y muertos sin ropa, decapitados y que, hinchidos, eran picoteados por los gallinazos. Nos acomodamos en la Willis con lo mínimo de pertenencias y salimos del pueblo con rumbo incierto, bajo un cielo de mármol que acababa de apagarse.

—Encomiéndense a las benditas Ánimas —atinó a decirnos mi padre.

El camino era muy fiero, maltrecho y el barro arrastraba piedras sobre lo que parecía una trocha de antiguos colonos. Con pericia sorteó los primeros tramos. Al instante de esquivar una vaca varada en el lodazal, vio a través del espejo que un vehículo nos seguía:

—¡Son ellos, carajo! —gritó mi padre— Agáchense todos —y todos, agazapados, nos abrazamos en el asiento trasero.

Aligeró la marcha, pero un tronco de encina derribado hizo que diera un giro brusco y rodamos por un precipicio como de cien metros.

—¡Silencio! —gritó mi padre ante el chillido de espanto y miedo que nos invadía en medio de la oscuridad; apagó las luces de la Willis y esperamos enmudecidos.

El vehículo apareció minutos más tarde y se detuvo, como adivinando dónde habíamos caído. Se bajaron algunas personas, por sus voces supusimos que eran hombre, bajaron por la pendiente donde una empalizada había detenido la Willis.

—Señor, ¿están bien? —preguntó el primero en llegar— No se preocupe, señor, los vamos a sacar —un silencio helado reinó durante un rato, luego oímos voces de hombres que discutían, cuando de pronto sentimos que enganchaban la camioneta y gritaban;

—¡Ya está lista, jalen! —y nos sacaron a la orilla de la carretera, jalados por un bus lleno de hombres y mujeres.

Un señor de barbas blancas como nieve se acercó y dijo a mi padre:

—Tranquilos, cálmense que ya están a salvo.

—Gracias, mil gracias —balbuceó mi padre sin salir aún del estu-
por y del miedo.

—Sigan adelante, nosotros los seguimos por si se presenta alguna avería —escuchamos decir.

—¡Está bien! —respondió mi padre— Iremos despacio, pero los esperamos en el próximo pueblo para brindarles algo.

—Siga usted —dijo el señor de barbas de nieve y sus ojos claros brillaron en la penumbra de la noche.

De pronto cesó la lluvia, y mi padre aligeró la marcha. Poco a poco se fueron extrañamente perdiendo las luces del bus. Llegamos al pueblo siguiente, unos cincuenta kilómetros desde el sitio del percance, paramos en la plaza principal y esperamos.

—Bien, ya deben llegar.

Esperamos varios minutos.

—Caramba, no llegan, pero qué pasó —insistía preocupado mi padre.

Nos devolvimos no sin antes preguntar si había algún desvío. Ninguno de los habitantes nos respondió; parecía como si se los hubiera tragado la tierra.

—Papá, ¿qué hacemos? —Preguntamos en coro.

—¡Vámonos ya!

Pasamos por el pueblo preguntando si habían visto llegar un bus repleto de gente. Pero no nos respondieron. Y, entonces, mi padre, transfigurado por la impresión beatífica de los acontecimientos, elevando la mirada al cielo con lágrimas de júbilo, exclamó:

—Hijos, demos gracias, fueron las benditas Ánimas del Purgatorio que nos han rescatado.

Y seguimos sin parar hasta La Victoria, la estancia de mis abuelos paternos, dormimos durante todo el trayecto. Mi padre, firme, casi sin parpadear y con la energía renovada que a partir de los sucesos le avivó los bríos, y en un aire de paz interior en cada uno de nosotros, parecía flotar en la inmensidad de un milagro.

Un cuento de guerra

Por Juan de Jesús Herrera (Calarcá, Quindío)

Nació en 1943, en Calarcá. Tras culminar el bachillerato, hizo parte del ejército durante 5 años. Se retiró para continuar sus estudios. Es profesional de la Universidad Gran Colombia y ha trabajado en temas agropecuarios. En su pueblo realiza un periódico que busca hacer control y veeduría a las administraciones y los políticos. En el cuento trabajó la reconciliación, pues está convencido de que es necesaria para estar en paz y para que todos podamos convivir.

“Nadie ama tanto su patria como aquel que escoge la carrera de las armas y compromete en ello su propia vida con la esperanza de construir un mejor país”.

—HONORES AL FÉRETRO, ¡atención, presenten! ¡Ar!...

La voz de mando, grave, sonora, rompió el pesado silencio vespertino y explotó en mis sienes como bofetada candente. Mi alma, llorosa y extenuada desde el momento mismo cuando mataron a Corcheíta, repitió ante el cadáver, como homenaje póstumo, sus canciones, dichos, cuentos y respuestas baladías.

La milicia nos encontró en un batallón y nos convirtió en hombres de guerra; cada quien en su “reclutada” recibió, aparte de prendas, un apodo característico de su tierra, su fisonomía o afición; “Remache”,

por baja estatura; “Corcheíta”, por entendido en cosas musicales. Ellos y yo fuimos a parar al sur del Tolima en la famosa Operación Marquetalia, ideada para alcanzar la paz en Colombia.

Corcheíta y Remache hicieron rara amistad y conformaron un dueto émulo de Los Cuyos, su canto tantas veces repetido a la espesa montaña se convirtió en algo nuestro, nos pertenecía. Sus melodías identificaban nuestras vidas y se transformaron en algo propio, como el amor lejano, hogar, ración, botas o armas.

Corcheíta y su guitarra mantuvieron ese ambiente humano, romántico y melancólico de un grupo incrustado en aquellos montes, desconectado del resto de la patria; aferrados a esa música para no perder moral y sensibilidad. Su compañero de canto, “Remache”, hacía la segunda voz; sin guitarra, seguía el ritmo con palmas o pies. De todas maneras, nos llevaban cada noche de la angustia de morir a la esperanza de supervivir en esa tierra dominada por guerrillas, lejos de todo, pero muy cerca al gran abismo de la nada.

Corcheíta era antioqueño, de Anorí; un campesino analfabeta. Aprendió a tocar la guitarra sin saber cómo, y, sin saber cómo, vino a parar al ejército “agarrado” un domingo cuando descargaba panela.

Remache era boyacense, de Cerinza, lo pillaron en Tunja después de haber sido todero y saber música de los Cuyos, Julio Jaramillo, Olimpo Cárdenas, dueto de Antaño y poesías del Indio Rómulo, aprendidas para gotear a los borrachitos.

El resto de los uniformados, soldados rasos, formábamos un mosaico colombiano de agricultores prestos a matarnos con otros que habían

sido campesinos y ahora guerrillos, ideólogos, apátridas y comunistas, según discurso diario del teniente, repetido cada minuto por cuatro cabos reclutas y dos sargentos, uno viejo de apellido Ospina, sin espíritu ni cuerpo de Militar. Él lloraba su jubilación cada minuto del día. El otro sargento era lancero de racamandaca, “espiritista”, aguerrido y cruel, apodado ‘Fumigador’ por usar sus armas sin contemplación alguna.

Aquel grupo de soldados, unidos a la fuerza para marcar paso con la izquierda y disparar en dos tiempos el fusil punto 30, caminó el Tolima de cabo a rabo acabando botas, pies, alma y fe, en marchas de 20 días durmiendo mal, comiendo poco y pensando en cumplir tiempo para volver a casa y trabajar como celadores o policías, lejos de esta mentirosa guerra y en lugares tranquilos con la familia.

Corcheíta y Remache, volviendo al cuento, eran agua y aceite. El primero, de personalidad festiva, acento y diálogo paisa; el otro, de genio “parejo”, huraño y reservado, expresivo solamente en canciones y disputas.

Corcheíta tenía dientes salidos como de roedor, aspecto despreocupado, sonriente, tranquilo. En numerosas ocasiones recriminaron su lentitud para el servicio.

—Jódanse ustedes, con correr no se saca nada; además, yo quiero vivir lejos de plomeras y muertos —respondía.

Remache, característico boyacense, parco, trabajador. Su pequeña fisonomía era especial para escabullirse; ágil, resistente, incansable. Excelente soldado, su temperamento explosivo lo convertía a veces en

indeseable, candidato permanente para toda clase de trabajos forzados o peligrosos.

El vivac con su temerosa rutina se hizo amable porque Corcheíta y Remache transformaron la monotonía en algo mejor. Juntos cambiaron la rigidez de la milicia con la gratitud de sus arpegios.

Ganaron liderazgo por su carácter artístico, fueron necesarios como la munición, fusiles o raciones. Tuvieron acceso a mejor “lata”, porque debían cuidar su voz para esas noches de nostalgia elevada en canciones repetidas al eco de la selva.

Remache y Corcheíta tuvieron la virtud de ser mejores entre ese puñado de reclutas arrancados de su terruño y, evidentemente, faltos de voz y voto sobre la faz de la tierra, como reza la perorata del ejército.

Sus voces parecían reptar sobre la cordillera llevando canciones hacia donde una mujer quizás nos recordaba. La noche con estremecedor silencio solemnizaba la diaria serenata, tal vez los subversivos la escuchaban y, a lo mejor, igual que nosotros, soñaban.

Corcheíta y Remache, ¡qué envidia!, no prestaron guardia o centinela; pocas veces fueron a patrullaje y normalmente salían a buenos “chicharrones”. Por esa razón afiancé la premisa: “ser artista es mejor que trabajar”.

Remache y Corcheíta nos volvían el alma con su música, nos hacían humanos, cuando por fuerza y rudeza del destino parecíamos bestias acorraladas, próximas al puñal, o fieras acechando su presa.

Remache y Corcheíta hicieron que conserváramos valor y miedo en lugares donde se necesitan dosis anestésicas de uno y otro, como presupuesto para sobrevivir.

Corcheíta y Remache, en fin, se convirtieron en hermanos mimados, mascotas del pelotón, escoltas del teniente y, por lógica, quienes mejor vivían esa guerra, aun cuando ninguno sabía contra quién o por qué la estábamos peleando.

Corcheíta era flojo para encontrones; en cambio, Remache se alebrestaba con el ruido de las balas, parecía disfrutar cada disparo con el madrazo que escupía cuando apretaba el disparador. Siempre estuvo en sitios de combate, se regaló para toda patrulla, porque su espíritu boyacense lo hizo fiel como un perro para el teniente y solamente a él obedecía. sargentos y cabos supieron de su carácter cuando, para castigarlo, no se incluía en grupos de patrullaje.

A veces coincidían en alguna misión, Remache trabajaba doble, Corcheíta con su espíritu y “malicia indígena” le ganaba sus raciones, y Remache doblaba su esfuerzo para agradar a su amigo y al jefe.

Casi terminado el tiempo de servicio militar obligatorio, cuando menos se esperaba, en corta y, aparente rutinaria salida, en feroz emboscada, de manera absurda murió Corcheíta; lo mató un proyectil que buscaba al Teniente, pero cruzó a Corcheíta y acalló su voz de trovero, acabó sus esperanzas de arriero y borró su Antioquia y sus canciones de voz y labios.

Cuando el silencio permitió reorganizarnos, llegamos al cuerpo de Corcheíta; estaba inerte con su mirada al espacio, fija en un infinito incomprensible para nosotros. El cadáver con rosas sangrantes sobre el pecho hizo conocer la tangible cara del dolor cuando impotencia y desesperación desgarran el alma y aprietan dolorosamente la garganta.

Corcheíta estaba como nosotros, mudo, en un silencio elocuente roto por algunos pájaros viajeros después del traqueteo fatídico de las armas.

El teniente dio órdenes exactas tratando de ser paternal y acorde con nuestra pena. Remache sollozaba y lloraba, mientras sus fuertes brazos cargaban la camilla hecha con camisas y fusiles. Durante todo el camino repitió:

—¡Hijueputas!, ojalá nos encontremos, les voy a cobrar esto con plomo.

—¡Ahora tenemos que rezar! —decía el Teniente—, ¡nada de odios o venganzas!, pidamos a Dios por él. ¡Por que termine esto y venga la paz!

A pesar del atentado no se adoptaron medidas de réplica, éramos un grupo poseído del dolor, necesitado de fe, pero dispuesto a todo, restando a la misma muerte que, abrazada a Corcheíta, nos acompañaba lenta y pesada por el interminable camino al puesto de mando.

Cuando llegamos con nuestra cuota de sangre a improvisar, como otras veces, velación rudimentaria y esperar larguísimas horas la llegada de un helicóptero para llevarse aquel cuerpo, sagrado para nosotros, lloramos junto a sus pertenencias, junto a su guitarra, junto a su recuerdo más nuestro ahora por lejano. El comandante hizo lo suyo, órdenes y voces apagadas organizaban servicios, relevos y guardias. El aire descargó sobre nosotros un pesado y amargo dolor que hizo presa de todos tornando lento y sórdido el vivac. Los ojos parecían preguntar si las vidas apagadas por el odio enemigo valdrían la pena. Fue

una noche de reflexión con juramento de, terminado el servicio, nunca más hacer daño a otros y procurar vivir en paz con todos.

El aparato llegó con su vuelo metálico, y, mientras acomodamos con sumo cuidado a Corcheíta, el teniente acertó a formarnos. Como en días de reclutas, acudimos veloces, nos paramos como hombres de guerra para rendir el único homenaje posible al amigo que se marchó. La perfecta formación obedeció las órdenes con máxima virilidad. La cuadrada de ese día y las salvas de honor deben estar sonando aún, en las montañas de Marquetalia.

Entonces nadie lloró, fuimos en ese momento soldados dispuestos a próximos combates, orgullosos de nuestro amigo. Mentalmente ofrecimos nuestra oración de despedida, rogamos por Corcheíta y su anhelo de hogar y paz, mientras la voz del teniente, potente, desafiante, ordenó:

—HONORES AL FÉRETRO, ¡atención, presenten! ¡Ar.!...

Nada me va a pasar

.....

Por Fernando Pérez Otálora (Sogamoso, Boyacá)

Vivió la mayor parte de su vida en Sogamoso. Trabajó en la empresa de su padre, dedicada a la elaboración de abonos. Viajó repetidas veces al llano a trabajar como agricultor, ganadero y operario de tractores. No estudió por la estigmatización que sufrió en su pueblo. Hoy es un ciclomontañista empedernido.

—Nada me va a pasar —eso le dije a la mamá de mi amigo cuando ella me advirtió:

—No se vaya, mijo, quédese y mañana madruga para su casa, mire que la policía y los soldados deben estar bravos por las manifestaciones de los estudiantes.

—No se preocupe, sumercé —le respondí—, nada me va a pasar.

Era un día miércoles, el trece de junio del 73, una vez más la fuerte voz de mi tía Margarita me advertía que iba tarde a clase:

—¡Levántese, Fernando, o se va a quedar del bus!

Pronto corrí al baño, me vestí, desayuné, empaqué libros y cuadernos rápidamente en la maleta que siempre solía estar desordenada, y, antes de partir, como de costumbre, escuché:

—Juicio, joven —era papá Chepe, sin gritos, siempre con un dulce tono de voz, lleno de esperanza y soñando con ver a su hijo profesional.

—Hasta luego, nos vemos en la tarde —respondí a mi padre.

Justo en frente de la casa estaba el bus rodando lento. Yo solía vivir en el marco de la plaza de la Villa frente a la catedral, así que di un pequeño salto para subir, y listo.

—Buenos días, pela'os.

Olía a limpio, la juventud tenía su propio aroma y perfumaba el bus, olía a vida. La mejor época de la vida sin duda es el colegio, nunca imaginé que para mí sería el último día de clases. Después de aquel día no regresé a ningún colegio, el miedo y la frustración me adoptaron como hijo suyo.

Estudiaba en el Colegio Nacional de Nobsa, lugar a donde íbamos a parar los desaplicados y desjuiciados, como si el juicio fuera cosa de muchachos. Eso es de mayores. El día pasó lento, estuve retraído, ensimismado, algo incomodaba mi habitual desparpajo, no me sentía bien. Ya en el bus, de regreso a casa, sabíamos de las protestas que se llevarían a cabo ese día en todo el país y, por supuesto, también en Sogamoso. Eran organizadas por un líder estudiantil del terruño, llamado Alirio Pedraza. Las manifestaciones se dieron a causa de todos los estudiantes caídos y vilmente asesinados por el Estado en diferentes lugares del país con ayuda de campesinos disfrazados de policías y soldados, las fuerzas armadas, amparadas por el recién creado Estado de Sitio.

El bus tomó la ruta de costumbre, pero encontró obstáculos y tomó varios desvíos hasta dejarnos en la plazuela del Cristo, a una cuadra de la plaza principal. Sin embargo, las cuatro esquinas estaban cercadas con alambre de púas. De inmediato me dirigí a casa, tuve que

desviarme y caminar a través de un pasaje para poder llegar. Al atravesar la puerta, recordé la tarea de biología, tenía que hacer un herbario con un amigo mío, por lo que habíamos quedado de encontrarnos más tarde en su casa. Cuando me dirigí a la salida, la tía Margarita, afanada por los sucesos, me dijo:

—No iré a salir ahorita con todo lo que está pasando, ¿cierto?

—No se preocupe, tía, nada me va a pasar, voy para la casa de un amigo a terminar un herbario para presentarlo mañana.

—Tómese una aguapanela con una mogolla —me dijo.

—Bueno, gracias, ahora vuelvo.

Salí apresurado, se escuchaban gritos, sirenas, pitos y explosiones de los gases para disuadir a los manifestantes, pero, aunque me solidarizaba con los sucesos, lo mío no eran las protestas y mucho menos tirar pedradas contra los campesinos disfrazados de soldados o romper vidrios, pues andaba en otro cuento. Mi abuelo me contaba de la Guerra de los Mil Días, de la violencia de los años cuarenta y los cincuenta, de los bandoleros que después se llamaron guerrilleros, que luchaban por una sociedad más justa, pero que aun así mataban gente. Yo no entendía entonces, ni logro entender ahora, cómo matando personas se logra una sociedad mejor. Me gustaba la música, lo mío era paz y amor. “No a la guerra y sí a la música”, solía decir. Aquella tarde llevaba entre mis manos el cuaderno de biología y hojas de diferentes plantas, teníamos que clasificarlas, pegarlas, rotularlas, poner títulos... ¡en fin! Había mucho por hacer.

Cuando nos faltaba poco, la señora Hermencia me llamó:

—Tómense un chocolatico con pan.

—Gracias, sumercé, ya casi terminamos y me voy, en la casa deben estar preocupados por lo de las manifestaciones —le contesté.

—No se vaya, Fernando, quédese y mañana temprano se va, mire que la policía y los soldados deben estar bravos por lo de las protestas de los estudiantes.

—No se preocupe, nada me va a pasar.

—Tenga cuidado, mijo, Dios lo lleve.

Caminé por la carrera décima, pasaba frente a la iglesia, vi soldados y seguí hasta la siguiente esquina, bajé hacia la plaza de la Villa. Iba por la acera derecha cuando apareció un escuadrón de soldados, sentí terror. En ese justo momento pensé tantas cosas que me cambié de andén, cuando los tuve de frente vi entre sombras sus rostros desencajados. Todo el día persiguiendo estudiantes, sin comer, todo por culpa de los manifestantes. De pronto, cuando ya había pasado frente a ellos, escuché una voz fuerte que dijo:

—Soldado, vaya por ese güevón.

En ese momento el miedo me invadió, me di cuenta de que ya no había alambre en la esquina, y pensé:

—Si corro, alcanzo a llegar a la casa.

El soldado me gritó una sola vez:

—¡Alto!

Escuché claramente cómo manipulaba su arma que emitía un chasquido mientras subía el proyectil a la cámara de disparo; intimidado y amedrentado, el terror se apoderó de mí y lo único que pude hacer fue

correr. Era tan buen deportista en ese tiempo, me gustaba el fútbol, podía pasar horas enteras jugándolo, y no solo eso, también básquet, tenis. Un pensamiento cruzó por mi mente, soy bueno también en atletismo, con mi herbario debajo del brazo me dije:

—Sí llego a la casa.

Y arranqué a correr en zigzag, apreté mis cuadernos y sentí que el viento me ayudaba a volar; volteé a mirar y vi al soldado arrodillado apuntándome. ¡Dios, ayúdame, me va a disparar! Vi las ventanas de mi casa, había luces encendidas. ¡Ya llego, papá! Y, de pronto, escuché un estruendo. El soldado disparó y una fuerza invisible me golpeó por la espalda y me elevó por los aires, vi que mis cuadernos también volaron, vi el cielo, la luna hechicera que también me miraba y el césped que amortiguó mi caída. ¿Dónde están mis cuadernos?, ¿con qué tropecé?, ¿cómo caí si venía volando?, Dios mío, ¿qué pasó? No sentía dolor, me traté de levantar y no pude, ¿qué pasa Virgencita Santa? ¡Ayúdame! Una voz fuerte gritó:

—¿Por qué le disparó, güevón?

El soldado le respondió:

—El hijueputa me iba a desarmar y se disparó el fusil, mi cabo.

Yo grité, no sé cómo:

—¡Miente, él me disparó por la espalda!

—Ah, ¿muy bravo?, levántese, chino hijueputa —dice el cabo.

Traté de levantarme y no pude. Sentí caliente el estómago. Llegaba gente y gritaba:

—¡Está herido!, ¡el soldado le disparó!

—¡Lo mataron! —dicen otros.

Pero yo estaba aún ahí. Me abrí la camisa y vi un remolino de sangre con tripas.

—¡Me muero, Dios mío!

Y yo que pensaba que nada me podía pasar, y ahí estaba, tirado en el césped agonizando. Quien estaba al mando, apenas vio la gravedad, ordenó a la tropa rodearme y dijo:

—Que se muera aquí este chino hijueputa, ¡párese, güevón! —y me dio dos, tres patadas.

No podía pararme.

—Mis libros, ¿dónde están?, el trabajo para mañana, ¡mi familia!, cuando se enteren, se van a morir de pena. No pueden saber, ya deben estar asomados a la ventana. La tía dirá: “el niño en la calle”, y no se podrá imaginar que estoy tirado en el césped, rodeado de soldados que ruegan para que muera.

No sé de dónde, pero llegó más gente.

—¡Asesinos! —les gritan— ¡dejen que lo llevemos al hospital, un carro, rápido un taxi!

Y por cosas del destino, quizá, apareció un bus del cual bajaron dos mujeres.

—Somos enfermeras —dijeron— ¡quítense!

Empujaron a los soldados, que al ver tanta gente enfurecida, permitieron que me subieran al bus que salió raudo rumbo al hospital.

—¿Cómo se llama?

—Fernando —respondí al médico de turno.

—¿Su papá, cómo se llama?

A lo que respondí con silencio.

“No quiero que se enteren”, pensaba, “se van a morir de pena. Yo estoy muriendo y ya no siento miedo, solo pido perdón, perdón por hacerles sufrir, no siento dolor”.

Se nubla todo, me muero. Virgen María, ampárame.

El dolor me despierta, estoy vivo, y lloro de alegría. La vida me da otra oportunidad, me cuentan que la cirugía duró más de doce horas, mucha gente donó sangre. Conectado a varios aparatos y con sondas por todas partes de mi cuerpo, veo los destrozos ocasionados por la bala de un fusil G3, pero siento aún más herida mi humanidad. Con escasos 17 años es muy duro estar postrado en una cama cinco meses, hospitalizado, resignado y dolido en lo más profundo de mi ser. Confundido, no puedo aún entender qué pasó, qué hice para merecer a tan corta edad esta prueba. Todo el segundo piso del hospital olía a cadáver.

—¿Cómo es posible que esté vivo? Es para no creerlo —escuchaba en los pasillos del hospital.

En ese momento recuerdo algo y una tristeza me invadió aún más: “No podré asistir al concierto de Carlitos Santana”, pienso, qué pena no estar allí con mis amigos.

En silla de ruedas llegué al batallón militar en donde me citaron para dar declaración por lo sucedido, en la entrada pregunto:

—¿Tengo que entrar?, por favor, no puedo, siento miedo.

—Entienda, esta audiencia en el juzgado penal militar es importante, usted iba a desarmar a Osorio. Entienda, joven, usted está en

problemas.

En el interrogatorio veo entrar al soldado Duboney Osorio, bajito, de tez morena y unos ojos llenos de odio, fuego y miedo, quien dice:

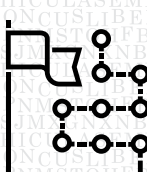
—Sí, el joven trató de quitarme el arma de dotación y en el forcejeo se disparó.

Le miro a los ojos y, llorando, le pido que diga la verdad, en el fondo de su corazón está la verdad pero no puede contarla. Le forman consejo de guerra, tiene tanto miedo como yo. Y en ese momento viene lo más difícil para mí, perdonar, porque aquel tiro no solo hirió mi cuerpo sino también mi alma y, aunque yo era la víctima, no hubo ningún tipo de justicia para mí.

Hoy recuerdo con dolor todo el suceso. Cuarenta y cuatro años han pasado y las secuelas del incidente aún me doblegan. Sin embargo, aquí está la vida luchando, hay recaídas, bajonazos de ánimo, curaciones, días tristes y grises, además de noches eternas y en tinieblas. Más lágrimas humedecen mis huesudos pómulos envejecidos e imberbes, y siento plenitud, porque he perdonado a tiempo, y gracias a eso he podido vivir en paz. Nunca entregué aquel herbario, no volví a estudiar, no volví a ser atleta ni tampoco a jugar fútbol. Nunca vi a Carlos Santana en un escenario. Aun así perdono a aquel soldado novato que me disparó. Lo más importante, perdono todo lo que pude haber sido, lo que soñé ser. Cada vez que veo a mi familia afligida por las secuelas de aquel día de junio, yo, lleno de amor les digo:

—No se preocupen, nada me va a pasar.

FINALISTAS



¿Con dolor o sin dolor?

.....

Por Daniel Báeza Sarria (Cali)

Fue almacenista en empresas de metalurgia y actualmente es pensionado. Comenzó estudios de literatura universal en la Universidad del Valle, pero, por problemas económicos, no logró terminar. También vivió en España y Bélgica. Su padre lo inspiró en la literatura desde muy pequeño. Le encanta escribir relatos de su ciudad natal. En enero de 2017 publicó su primer libro, “Cuentos de agua blanca”. Esta es la primera ocasión en la que participa en un concurso de cuento.

Mi papá le dijo un sábado a mamá:

—Vista el niño que lo voy a llevar al centro.

Escuchar eso era para mí de lo más emocionante, ya que implicaba ponerme la ropa que me habían comprado hacía ya varios meses y los zapatos de cuero. Esas eran prendas que solo teníamos para fin de semana o alguna ocasión especial, y además mi papá me peinaría con esa “mota” que tanto me gustaba y que él acondicionaba con un producto de su uso personal: la brillantina, un líquido algo viscoso de un agradable olor. Yo sentía que papá experimentaba un cierto orgullo al tomarme de la mano y caminar juntos por diferentes sitios del barrio o la ciudad. Quizá por eso se esmeraba tanto en arreglarme y acicalarme y yo feliz de acompañarle. Papá escondía tras su voz fuerte y autoritaria y su disciplina exigente, una ternura inigualable que disimu-

laba, pues la época y sus costumbres no recomendaban demasiado las expresiones de ternura en los hombres. Salimos a esperar el bus que pasaba a muchas calles de distancia. Al hacer su aparición y detenerse junto a nosotros, una nube de polvo nos abrazó y yo sentí que casi todo se quedaba pegado a mi pelo, aunque papá me cubría con su cuerpo. Durante varios minutos recorrimos calles y calles de mi ciudad, que se presentaba, a mis ojos, inmensa, con muchos sitios para descubrir. Llegamos a una calle céntrica, nos bajamos y empezamos a caminar.

Pregunté:

—¿A dónde vamos papá?

—Vamos a un sitio que le va a gustar, ¡espere y verá! —me dijo.

Llegamos hasta un parque, junto a una iglesia; en sus alrededores, diferentes personas ofrecían cosas a los transeúntes. Me llamó especialmente la atención un hombre que, a cada momento, metía su cabeza dentro de una bolsa de tela negra, mientras alguna pareja se ubicaba al frente de él y seguía sus instrucciones. Pregunté a papá que qué hacía ese hombre y, entonces, papá me dijo:

—Es un fotógrafo, ahora le pregunto a ver si podemos tomarnos una foto.

La emoción fue indescriptible en mí. Estaba a punto de descubrir un acto mágico que guardaría por siempre en mi memoria y, además, mi papá disipó mis temores al asegurarme que no sentiría dolor alguno. Luego de que el hombre despachó a sus clientes, papá conversó con él, al parecer negociando el precio de la foto; papá me llamó junto a él, puso su brazo alrededor de mi cuello y me indicó que no me moviera,

que solo mostrara una sonrisa. La sonrisa tuve que sostenerla durante bastante rato, hasta que al fin el hombre salió de entre la bolsa negra y dijo:

—¡Listo!

Papá me llevó hasta un banco del parque y me dijo que tendríamos que esperar un rato para que nos entregara la foto. Al cabo de un rato largo y tras ir y venir de su máquina hasta una maleta que tenía sobre unas cajas, el hombre de la fotografía le hizo señas a papá para que se acercara. Mi papá observó la foto detenidamente y sacó alguna plata del bolsillo y se la entregó al hombre; papá se juntó a mí y me enseñó el milagro: ahí estábamos los dos sonrientes, copiados con una exactitud que yo no lograba comprender cómo era posible de realizar si el hombre estaba por lo menos a unos tres metros de nosotros y nunca nos tocó. Papá trató de explicarme un poco, pero, al final, la felicidad de llevar esa foto a casa y mostrarla a todos le quitó toda importancia a la explicación posible del fenómeno. Luego, papá me acercó junto a un hombre que tenía un instrumento que, al manipularlo, producía música y, lo mejor de todo, era que la contribución que voluntariamente hacían los ciudadanos, la recibía un mono pequeño, encadenado al instrumento musical. Al regresar a nuestra casa, mi mamá y hermanas me preguntaron dónde habíamos estado y yo conté hasta la saciedad la experiencia vivida y mostraba orgulloso la foto. Ante los reclamos de mis hermanas, papá prometió que luego serían ellas las invitadas a ese mismo paseo.

Pasaron muchos días y la oportunidad de volver a aquel parque

se presentó aunque en condiciones muy diferentes. Una noche, noté que mi papá tenía muy descompuesto el rostro, reflejaba un malestar tremendo y mamá se esmeraba en la cocina preparando algunas plantas para realizar emplastos e infusiones. Al acostarme, escuché a mi mamá preguntarle a papá si sentía algún alivio; comprendí que papá sufría un tremendo dolor de muela. Al despertar al día siguiente, noté que papá no había ido a trabajar. Mi padre preguntó a mi mamá cuánta plata había y mamá le contestó:

—¡Están los diez pesos del mercado!

—Présteme aunque sea cinco, a ver si logro que me saquen esta puta muela ¡porque no aguanto más!

—¿Y a dónde va a ir? —preguntó mamá.

—¡Al Parque Santa Rosa!

—Lleve el niño para que lo acompañe —insinuó mamá.

—¡Bueno, vístalo, pero rápido!

De nuevo la alegría para mí, aunque sentía que papá estaba mucho de estar tan predispuesto como el día aquel de la fotografía. Durante el trayecto en el bus, papá suspiraba ansioso y, al llegar, nos bajamos presurosos. Aunque íbamos a un sitio muy cercano al parque, solo pude vislumbrar de lejos al fotógrafo y al mico con el organillero, pues papá buscó ansioso una pequeña oficina al frente de dicho parque. Al llegar, papá se detuvo a leer un pequeño cartel a la entrada, y arrugó un poco el entrecejo. El hombre que salió a nuestro encuentro tenía puesta una especie de camisa larga y blanca y le preguntó a papá:

—¿Se va a sacar una muela?

—¡Sí, señor! —respondió papá.

—¿Con dolor o sin dolor? —preguntó el hombre.

—¡Pues con dolor! —dijo papá— ¡No me alcanza para más!

Tan difícil de entender como el procedimiento para hacer la foto, me pareció aquello de que para poder tener los dientes en buen estado y comer, ¡había que gastarse casi toda la plata de la comida! Y admiré, tiempo después, más aun a papá, que anteponía nuestro bienestar al suyo y decidía ahorrar aunque eso significara dolor físico extra para él. Tenía yo la esperanza de que quizá librarse del dolor que le atormentaba, fuera para papá tan mágico, como fue para mí verme repetido en un trozo de papel.

La noche en que Inés derrotó el miedo

Por Aura Encinales Ardila (Fusagasugá, Cundinamarca)

Nació en Popayán en 1954, pero vivió su niñez y adolescencia en Florencia. Su padre la inspiró en la lectura desde muy pequeña. A los 16 años fue ganadora de un concurso literario en Florencia, del cual eran jurados León de Greiff y Eduardo Carranza. Ha tomado talleres de escritura creativa y ha participado en el concurso “Fusagasugá: cuna de la palabra mágica”. Le encanta escribir, pintar y cocinar. Actualmente vive en Fusagasugá y tiene una fábrica de confecciones con su esposo.

El miedo empezó a devorar el cerebro, el cuerpo y el alma de Inés cuando aún no había cumplido los siete años. Todo empezó en una noche de octubre. El aguacero torrencial, que caía desde temprano, la había mantenido en un estado de duermevela, aterrorizada por los truenos ensordecedores y el golpe de la lluvia contra el techo de zinc. La luz metálica de los relámpagos le dejaba ver a través de las hendidias las gruesas nubes grises que se movían enloquecidas en el firmamento. Por fin, cuando sintió que la intensidad del aguacero disminuía, se dio vuelta más tranquila, acomodó sus cobijas y se dispuso a dormir.

Solo habían pasado unos minutos desde entonces, cuando sintió voces y el relincho de caballos que se acercaban. No había terminado de preguntarse quiénes podían ser, cuando oyó que derribaban la puerta de tablas de la cerca que rodeaba la casa y, luego, un tropel de pasos

subía por la escalera de madera. Ya estaba sentada en la cama con el corazón amenazando con saltar de su pecho, cuando vio a su mamá que corría hacia ella.

—¡Inés, no grite, no grite, por favor! ¡Rápido, métase aquí, en este baúl! ¡Y por nada del mundo salga, ni grite, hija! —decía mientras la tiraba hacia el cajón donde guardaban ropa.

—¡Pero quiénes son, mamá, a qué vienen!

No se había terminado de cerrar la tapa cuando Inés sintió que ya los hombres estaban dentro de la casa.

—¡A ver, músico hijueputa, ahora sí le llegó la hora de cantar! Por lo menos sus amigos ya lo hicieron ¡Y si viera cómo les quedó la lengua! Mejor dicho, cómo quedaron sin lengua... ¡Jajajaja!

Un coro de carcajadas acompañó la risotada del hombre. Luego, los golpes contra la pared de tablas que separaba su cuarto de la sala le hicieron pensar que la tumarían. De pronto, oyó la voz quebrada de su papá.

—¡No sean tan malnacidos! ¡Con ella no se metan!

Los gritos de su mamá y de su hermano Luis se sobreponían al resto del estruendo; pasarían cuatro años para que volviera a escuchar la voz de él. Entonces, Inés apretó con todas sus fuerzas sus manos contra los oídos. No tuvo idea cuánto tiempo pasó así hasta que, de a poco, pudo comprobar que todo estaba de nuevo en silencio. Con cautela fue levantando la tapa del cajón. Nada se movía. A tropezones se abrió paso entre la penumbra y los muebles rotos. A duras penas lograba identificar la silueta de las cosas. Con un susurro empezó a llamar a

su papá, a su hermano, a su mamá. Nadie respondió. Entonces, acurrucada en un rincón, gritó hasta sentir que la garganta le quemaba.

Las primeras luces del amanecer le revelaron parte de la tragedia. Parecía que un ciclón hubiera levantado la casa. Como si esperara que de un momento a otro su familia se levantara de entre los escombros, volvió de nuevo a llamarlos a todos mientras levantaba trapos y trozos de sillas. De pronto, un gemido apenas audible la llevó hasta el cuarto de sus papás. Sus ojos desorbitados descubrieron el cuerpo desnudo, amoratado y sangrante de su mamá. De vez en cuando tomaba algo de aire moviendo apenas su pecho. Difícilmente podía reconocer su cara en esa masa deforme. Aturdida se sentó frente a ella sin tener idea de qué hacer.

Ya había salido el sol por completo cuando vio aparecer a algunos de los vecinos. Poco a poco fueron llegando, hasta que en solo unos minutos la casa estuvo llena. Todos le preguntaban lo mismo. Que dónde se había escondido, que qué había alcanzado a ver. Una señora le había dicho que ayudara a meter su ropa en un maletín que le entregó y, un rato después, cabalgaba con ella y con su marido hacia el pueblo, a la casa de su abuela Julia, según le dijeron.

Ella salió a recibirlos arrugando su cara más que de costumbre. Hablaron a gritos en la cocina y luego los vecinos pasaron por su lado sin decirle nada, montaron sus caballos y regresaron por donde habían llegado.

Inés no recordaba un solo momento en el que ella y su madre se hubieran sentido bien en esa casa. No solo a cuenta de la abuela que

jamás les había disimulado su antipatía, sino también por cómo era la casa. Las paredes ásperas que dejaban ver los bloques de cemento estaban llenas de pequeñas repisas con encajes polvorientos, sobre las que había colocado estampas de santos o fotos amarillentas de personas que posaban muy serias. Justamente, una de esas fotos correspondía a la de su abuelo en un ataúd. Le rodeaban la abuela, su papá y sus tíos. Ella siempre le ponía pequeños ramos de flores al frente. En una mesa esquinera adornada con un mantel blanco bordado de flores, reposaban unos ángeles gorditos y desconchados que tenían una mirada de la que Inés perturbada siempre trataba de rehuir. Tres asientos de madera y una silla de lona descolorida era todo el mobiliario. A un lado, estaba la habitación de la abuela que sencillamente le resultaba aterradora. En la pared, un enorme cuadro del Sagrado Corazón parecía señalar con sus manos sangrantes la cama cubierta con una colcha de retazos, donde siempre estaba extendido un pantalón negro, una camisa blanca y unas medias también negras, formando lo que pudiera ser el cuerpo de su marido.

—Estará ahí hasta el día que me muera —se apresuraba a decir, cuando advertía el desconcierto de quienes miraban aquello.

Enseguida quedaba otra habitación grande y oscura, con unas camas hechas de madera burda y colchones raídos que dejaban ver la paja. Durante los siguientes cuatro años, esa sería su habitación.

Esa noche, igual que muchas otras, lloró hasta sentir que de sus ojos ya no salía una lágrima. Los días fueron pasando y el revuelo de voces y visitas empezó a bajar. Pronto comprendió que era inútil

suplicarle a la abuela Julia que la llevara de nuevo a su casa, que le explicara dónde estaba su mamá y quiénes se habían llevado a su papá y a su hermano. Ella se limitaba a ignorarla y a ponerle reglas “para que pudiera vivir bajo su mismo techo”. Y aunque el miedo que se había apoderado de Inés no le daba tregua nunca, los viernes eran su peor pesadilla.

—Hoy es viernes de María —repetía jubilosa la mujer mientras ponía la olleta del tinto al fogón y empezaba a amasar las arepas.

Entre las cuatro y las cinco de la tarde, sentada en la mecedora de tela al lado de la puerta de la calle, recibía muy sonriente a otras mujeres de su misma edad y porte. Entre sorbos de café se empezaban a contar las últimas noticias sobre sus conocidos, los velorios más recientes a los que asistieron y los acontecimientos misteriosos que según ellas siempre ocurrían en el pueblo. Cuando hablaban de su familia, acercaban sus cabezas mirando para todos lados y casi susurrando a sus oídos. Ya al anochecer, a la luz incierta de una vela, iniciaban un interminable rosario que finalizaba con cantos y oraciones que una recitaba y las demás respondían en coro, con una entonación hipnótica. Inés sentía que de sus recuerdos y de todo ese agobio que le causaba la abuela, solo la rescataba el breve tiempo que pasaba en la escuela y sus clases de guitarra.

Y es que había sido curioso que el único gesto de compasión que Julia tuvo con su nieta fue el de matricularla en la escuela y contratar con el profesor de música clases particulares de guitarra. Tal vez porque quería complacer a su hijo, cualquiera que hubiera sido su suerte.

Él, guitarrista talentoso y dueño de una afinada voz, se había empeñado en enseñarles a sus hijos a tocar desde que habían cumplido los cuatro años. De hecho, ya su hermano a sus trece años contaba con varios premios por su participación en los festivales de música campesina de la región

Y fue una noche de viernes justamente, cuando en su cuartucho maloliente y a la luz de una vela, buscó calmar su angustia rasgando su guitarra. Sintió que esas notas que empezaban a salir cada vez mejor tenían el poder de hacerla ir a otra parte, al lugar que quisiera y con las personas que se le antojara. Ya no olía a los orines de las madrugadas de terror, sino a flores y a aire fresco. Y en lugar de los cantos monorrítmicos de las mujeres, lo que se escuchaba era el coro con su voz y la de sus compañeras que cantaban Lunita Consentida, bajo la dirección del maestro. Pero, además, no tuvo duda en que podía ir más allá. Estas notas que salían de su guitarra le daban también el poder suficiente para despojar de sus sábanas a los fantasmas y mirarlos de frente; para llenarse de tanta alegría que sería capaz de ahuyentar con ella a las ánimas en pena que su abuela le señalaba por todas partes; pero, sobre todo, para desterrar la rabia que sentía por los que le habían arrebatado a su familia. Por primera vez, desde esa mañana en que salió de su casa, durmió la noche completa. Por primera vez se durmió sonriendo, con la esperanza de que, de alguna manera, su pesadilla ya había empezado a llegar a su fin.

Las casas viejas

.....

Por María de Lourdes Reyes (Cúcuta)

Bacterióloga cucuteña quien, al jubilarse, descubrió su fascinación por las letras. Con ellas, plasmó 20 años de trabajo en un hospital público. Esas historias se convirtieron en el insumo para su primer libro, titulado “Sangre Oculta”. Este narra la historia de amor de una bacterióloga y sus experiencias profesionales. Esta es su segunda participación en un concurso de cuento.

Parece que las casas viejas siempre nacieran masculinas. Se conservan con los años como el apellido paterno. Inmóviles. El tiempo no las toca, esperan la muerte de pie y guardan, desde las tejas hasta en el piso, la historia de quienes las habitaron. Entrar a una casa vieja es como toparse en silencio con el espíritu de sus vivientes, se siente la soledad de los recuerdos. Son frías y, aunque estén llenas de muebles y objetos, parecen vacías.

Me gustan las casas viejas. Yo nací en una casa vieja, la casa de mi nona en Cúcuta, y guardo muchos recuerdos: el olor a popó de perro en el garaje, el cuarto de chécheres con la vitrola RCA Víctor que funcionaba al mover la manija, el olor a carne asada en un anafre, la azucarera de plata sobre la mesa del comedor y el olor del jazmín del patio central. Tengo grabada la imagen de la abuela lavando las copas de cristal, entraba en trance, con la mirada perdida mientras apretaba

una esponja alrededor de la boca de las copas, restregando con suavidad, pero con firmeza, sin dejar ni un milímetro virgen de jabón y al rozar con su anillo el vidrio producía un sonido igual a una campana, ambientado de fondo con el chorro de agua que caía al lavaplatos rectangular. Y así, ella me llevaba en ese mismo viaje.

Las casas viejas están llenas de fantasmas. La mía tenía un espíritu femenino, una mujer que siempre se aparecía en la misma baldosa amarilla y negra en el salón de la entrada. En el mismo lugar donde estaba la Virgen María Auxiliadora y el piano. La baldosa, de cemento, era la número tres contando a lo ancho y la siete a lo largo. Todos le teníamos mucho miedo. Ella, con unas túnicas blancas transparentes sin cuerpo presente, tenía el pelo largo amarillo, no tenía cara, no hablaba, pero las mangas de la camisola señalaban siempre el mismo punto.

Mi mamá decía que ahí había un entierro. Nos contaba que en la Guerra de los Mil Días los hombres guardaban las morrocotas de oro en los pantalones, que se amarraban con cabuyas para que no se les salieran y muchos cayeron tendidos con sus riquezas pegadas al cuerpo y, por eso, en tantas casas se encontraban tesoros.

Cuando se nos aparecía le preguntábamos:

—¡De parte de Dios o del diablo! ¿Qué quiere?

Pero ella nunca contestó.

Y pasaron los años. Nunca se levantó el piso, y hoy, cuando ya todos volvieron a la tierra como tesoros enterrados, la casa la habitan unas monjas que aseguran nunca haber visto a esa mujer.

La estera

.....

Por Oliverio Eduardo Saldaña Mahecha (Bogotá)

Nació en Útica, Cundinamarca, en 1944. Debido a la violencia política, su familia se trasladó a La Dorada, después a Puerto Boyacá y, por último, a Usme, donde realizó sus estudios escolares. Trabajó en Canadá y, años después, estudió ingeniería de empaques en la Universidad Nacional Autónoma de México. Su pasión por la literatura empezó a los 14 años. Le encantan la poesía y los cuentos. Ha participado en concursos literarios realizados por la Biblioteca Timiza, al sur de Bogotá.

La Nana Minga, cuyo verdadero nombre era Dominga de los Remedios Linares, se mecía en su hamaca rezando un rosario, mientras con sus dedos ya gastados por los años tejía una estera.

Sus dedos tenían un color irreconocible causado por los múltiples oficios domésticos realizados a lo largo de su vida. Además de atender y limpiar el corral de gallinas, también aseaba los corredores de la gran casona, lavaba las ropas y otros tantos quehaceres domésticos.

En el poco tiempo libre que le quedaba, se dedicaba a tejer esteras, tal como lo estaba haciendo en ese instante. Se trataba de una estera doble trenzada, elaborada con palma babila o palma rucia, materia prima utilizada en la región para esa disciplina. La Nana era tan eficaz tejiendo sus esteras que las personas que visitaban la casona se quedaban sorprendidas por la forma y belleza de sus trenzados.

Cuando vivía con mi abuela, también se ocupaba de la elaboración de los alimentos diarios de la familia. Durante estas tareas Minga evitaba acercarse a mi abuelo, con quien permanentemente chocaba por la forma dura en la que él trataba a los hijos que ella había criado como si fueran suyos. A pesar de esta lejanía en el trato, ella era la única persona en la casa que se atrevía a alzarle la voz al abuelo; Minga contestaba a sus gritos y regaños, cosa que ni la abuela y mucho menos sus hijos osaban hacer, mi abuelo, por su parte, tomaba jocosamente sus refunfuños.

Minga, cuya edad ni ella misma recordaba o no quería recordar, había trabajado toda su vida con mi familia materna. Inicialmente fue con mi abuela Belinda a quien le ayudó a criar ocho hijos, cinco mujeres y tres varones. Mis tíos, tras la muerte del abuelo, se fueron del pueblo huyendo de la violencia política y se llevaron a la abuela, quien murió ya muy anciana en Girardot.

Para ese entonces Minga se fue a la casona de mis padres y dedicó el resto de sus años a ayudarle a mi madre a criarnos a mis hermanos y a mí.

De ella se decía que había nacido en una población cercana a mi pueblo, La Palma, y que por sus fanáticas ideas liberales la habían llevado muchas veces a decirle cuatro verdades a los patriarcas conservadores de mi pueblo. Fueron estas ideas las que le ganaron la estima de mi abuelo paterno, el Capitán Rodolfo Mejía, llamado así por el grado militar que había ganado en la Guerra de los Mil Días, luchando junto a las fuerzas liberales, comandadas por los Generales Rafael

Uribe Uribe, Benjamín Herrera y Justo Leonidas Durán, su Comandante inmediato, junto a quien luchó en los Santanderes, Magdalena Medio y La Guajira. El Capitán Mejía, mi abuelo paterno, se refería a la Nana como una gran luchadora liberal y le llamaba la Coronela.

Cuando llegó a vivir a mi casa, después de la partida de mi abuela, se encariñó mucho conmigo, pues decía que era el primer nieto varón de mi abuela materna, a quien ella veneraba, y que lo único que no le gustaba era que yo llevara el nombre de mi abuelo “ese viejo que yo detestaba”... Yo era muy cariñoso con ella, quien a su vez me daba a diario las mejores melcochas y almojábanas para llevar de onces a la escuela.

Junto a la Nana Minga, fui aprendiendo a tejer las esteras y a teñir la palmicha, hirviéndolas en agua limpia para que ellas adquirieran un color rojizo, su color preferido, o bañándolas en barro para que se tiñeran de negro, pues según ella, ese color hacía que los alacranes no se enredaran en estas. Antes de morir, me dijo que tejiera una estera para mí, para que en mi vejez me acostara en el patio.

En noches despejadas nos sentábamos a contar los luceros y a ver pasar las estrellas fugaces que de vez en cuando atraviesan el oscuro cielo. Yo le prometí que un día, no sabía cuándo, la tejería.

Una mañana, Minga amaneció muerta en su hamaca y tal vez fue mi primer gran dolor. La Nana, como mis hermanos y yo le decíamos, había sido para nosotros una persona muy importante en nuestras vidas. Siempre recordaré cómo el día de su muerte en el fondo de sus grandes y abiertos ojos pude ver reflejada toda una galaxia de estrellas.

En mi juventud llena de parrandas, viajes y lejanías de mi terruño, fui olvidando la promesa que le hice a la Nana Minga, pero cuando llegaron los años de la vejez llena de canas, volví a mi pueblo a pasar mis últimos años. Me propuse elaborar mi propia estera. No quería de las que vendían en mi pueblo traídas de Chimichagua o Tamalameque, a orillas de Magdalena, la quería tejida por mis propias manos.

Con cierta dificultad conseguí, en Honda, una cantidad aceptable de palma rucia que se da en las riberas del río Magdalena y me puse en la tarea de tejerla, a sabiendas de las dificultades y limitaciones de mi edad; ya había perdido toda la práctica de mi niñez. Mis dedos me dolían y no tenían ya la agilidad de la juventud.

Apilé, en un cuarto donde guardaba los trebejos, muebles viejos y herramientas, los atados de palmicha y, durante algunos meses, postergué mi propósito llevado por la novedad del retorno a mi pueblo, de las visitas de mis parientes que aún vivían allí y de algunos amigos de mi niñez.

Diariamente visitaba la tumba de mis padres. Limpiaba sus lápidas y me sentaba en medio del silencio del cementerio a contarles de viva voz la cotidianidad de los acontecimientos de mi terruño. Embebido, observaba la variedad de aves que visitaban el cementerio, que por su silencio, quietud y la gran cantidad de árboles y palmas que le adornaban, se convertía para ellos un lugar ideal para anidar. Este se había convertido poco a poco en su hábitat natural.

Una mañana que visitaba el cementerio, junto a la caneca grande donde se arrojaba la basura de las flores secas de las tumbas, encon-

tré una pequeña estera, por curiosidad la recogí y la llevé conmigo. Nació nuevamente en mí la aplazada idea de tejer mi propia estera y, además, tejer una pequeña para mi perro, mi gran y fiel amigo. Aquel día llegué a la casa y, sin espera, saqué la palmicha de su encierro, la desparramé en el patio para sacar su humedad con los fuertes rayos del sol y me propuse firmemente tejer una hilera de trenzado diariamente.

Durante quince días me levanté muy temprano, aplazando muchas veces mi desayuno o mi visita al cementerio, pues el tiempo se me pasaba muy rápido en mi propósito. Mi comadre, la mamá de mi ahijado Jonny, todas las mañanas antes de ir a su trabajo, me visitaba para saber cómo había amanecido, empezó a burlarse de mí y me decía entre carcajadas:

—Compadre, debería montar una industria de esteras.

Un día terminé mi estera y sin pausa empecé a hacer la pequeña estera para mi perro, la cual terminé en dos sesiones diarias. Terminado mi propósito, esperé el día que lloviera. Cuando cesó el aguacero, metí mis esteras entre el barro, las cubrí con este y las dejé allí durante dos días. Cuando las saqué del fango estaban totalmente negras, así que las lavé para sacar los restos de tierra de sus trenzados y las puse sobre el cemento del patio para que se secaran al sol.

Esperé con ansiedad a que llegara la primera noche totalmente despejada y junto con mi perro me acosté en mi estera en la mitad del patio a tratar de contar las estrellas.

La primera noche fue increíble para mi expectante ansiedad, pero

en medio de mi tarea me quedé dormido, hasta que me despertó la fría brisa de la media noche. Recogí mi estera y, junto con el perro, me fui a la cama.

Repetí muchas veces esta ceremonia y llegué a obsesionarme tanto con el conteo de estrellas fugaces que empecé a llevar estadísticas comparativas. Ya cada noche duraba más y más tiempo despierto en mi labor observadora y esperaba con ansiedad las noches despejadas para continuar mi conteo. Cuando llegaba la época de invierno en que las noches se nublaban y eran más oscuras, la ansiedad se apoderaba de mí al pensar en el retorno de las noches de verano.

Mi comadre por las mañanas empezó a llamarme la atención, me decía que me veía muy ojeroso y pálido y que los ojos los tenía muy irritados. Siempre me preparaba agua de albahaca para refrescarlos y más de una vez me dijo:

—Compadre, esas estrellas lo van a matar.

Una mañana luego de haber pasado casi toda la noche en vela observando las estrellas, mi comadre golpeó en mi puerta a la hora acostumbrada, pero yo, a causa del trasnocho, me había quedado profundamente dormido y no escuché los aldabazos en el portón.

Ella se fue pensando que me había ido temprano para el cementerio y allí fue a buscarme. Al no hallarme, regresó nuevamente a la casa y golpeó más duro y con más empeño. Ante los golpes, mi perro empezó a ladrar y fueron sus ladridos los que lograron sacarme de mis sueños. Yo, entre dormido y despierto, o como decía mi padre “entre gallos y medianoche”, me levanté casi sonámbulo para abrir la puerta.

Cuando la abrí, mi comadre extrañada me dijo:

—Compadre, ¿qué le pasa? hace ya mucho rato que estoy golpeando, ya estaba asustada pensando que le había pasado algo.

Luego, en forma extraña, se quedó mirándome y me dijo con asombro:

—Compadre, ¿está bien? tiene los ojos llenos de estrellas.

Historias de mi pueblo, II

Por Rafael Martínez Romero (Cereté, Córdoba)

Nació en Lórica (Córdoba) en 1928. Escribe décimas, cuentos y coplas, todos relacionados con el tema del campo y de las tradiciones ancestrales del Sinú. Conoció las historias de esta región cuando era joven y recorría sus caminos en caballo, llevando el correo. Le gusta leer las crónicas periodísticas, las noticias en los periódicos, los libros de historia y de cuentos costumbristas. Desde 2015 asiste al Taller de Literatura de la Fundación Palabrasueños, en Cereté.

El viejo Miguel se sentó en el taburete de cuero y empezó a contar:

—Los viejos, y aún los más jóvenes, que estaban en el velorio del compadre Magdaleno, dejaron de jugar dominó y se arrimaron. Era lo más esperado de cualquier velorio del pueblo.

Se sacó el tabaco y comenzó a hablar, como si estuviera hablando consigo mismo:

—El viejo Magdaleno creyó que estaba solo, pero la culebra lo estaba persiguiendo desde la noche anterior. Claro, no era una culebra normal, era puesta por el brujo Facundo, porque él le quitó la mujer, la Mella, joven y escabrinca. Apenas lo vio a él, montado en su hermoso caballo blanco, se le entregó sin ningún problema, en todas partes, en todo momento, a cualquier hora del día. No le importaba que los niños, que iban descalzos al colegio, los vieran comiéndose de deseos.

» Pero Facundo, que se las sabía todas, les juró que eso sería por poco tiempo: “Acábense las ganas del cuerpo, que pronto ya no tendrán ni cuerpos ni ganas”.

» Primero fue la Mella. El cuerpo se le fue poniendo pelu'íto, muy pelu'íto, como una mona, el pelo emparasca'o, los ojos grandes, la boca floritiá y la nariz grandota, con dos huecos que le sonaban cuando le entraba el aire.

» Le daba pena salir a la calle y se quedó encerrada en su cuarto. Pronto perdió el habla y solo comía hierba. Así está todavía como un animalito, cada día más reseca y más maluca.

» El viejo Magdaleno siguió persiguiendo más mujeres en los bailes de fandango del pueblo, tomando ron y buscando pleito en todas las cassetas, hasta esa noche, que volvía en su caballo bajo un aguacero bien fuerte. La culebra lo esperó en la puerta de su casa. El caballo intentó quitarla con sus cascos, pero ella se enredó y se subió hasta la silla del jinete. Él le tiró un machetazo, que en vez de hacerle daño, lo que hizo fue rebotar, como si fuera una pelota inflada.

» Se enredó en su mano y lo miró a los ojos. Él, veterano en esto, sabía que esa era su última noche. La agarró fuerte, pero ella, como si no sintiera nada, se abalanzó a su cara y arrojó su veneno a los ojos.

» El dolor fue inmenso, pero así forcejeó con ella y le arrancó la cabeza. Los dos, hombre y culebra, después de una larga agonía, murieron juntos, retorciéndose de dolor.

» Yo, que sé el secreto para curar esas mordeduras, cuando me fueron a buscar para curarlo, ya sabía que eso no era cosa normal. Lo miré

retorciéndose, con la boca llena de baba y los ojos rojos y espepitá'os.

» Solo pude pasarle tres hojas de tabaco mascá, ron ñeque y ramas de anamú para que muriera en paz. La cabeza de la culebra no sé dónde quedó, pero dicen los viejos que ella regresa a los tres días al velorio del difunto a buscar el cuerpo. Esta noche a las doce se cumplen los tres días. Así que todos deben tener botas altas, y ojo, mucho ojo, cuando vean dos ojos rojos en la oscuridad de la noche, no se les olvide rezar la oración del Santo Fuerte, esa que comienza así: “Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, protégenos esta noche y líbranos de todo mal”. Récenla toda, tápanse los ojos y no miren a los lados. Yo me voy, porque no quiero esperar esa hora aquí.

Hizo la forma de cruz y se marchó. Los cuatro hombres que lo escuchaban se miraron desconcertados, ya se iba acercando la medianoche y ninguno de ellos se sabía la oración del Santo Fuerte.

Luz y Sombra

.....

Por Fernando Mario Valencia (Bogotá)

Aunque es oriundo de Tibirita (Cundinamarca), se considera bogotano de corazón. Gracias a su profesión de ingeniero catastral y geodesta, trabajó décadas con el Instituto Geográfico Agustín Codazzi y conoció casi 800 municipios de Colombia. En sus viajes descubrió los matices del país que han enriquecido las vivencias y las historias que suele escribir. Toda su formación literaria se remonta a tertulias y conversatorios, pero desde 2017 se animó a participar en concursos de cuento.

En la década del 70, mozo aún, decían de mí que era un gran jugador. Siempre fui enamorado del balón. Acaso más que de las mujeres. Con el tiempo aprendí escuchando que la emoción más grande, más intensa que siente el hombre, es la de gritar un gol de su selección, la de convertir un gol disputando una final. Es más grande, más poderosa, más fuerte que la emoción del orgasmo.

Por eso amo el fútbol y este me enseñó a amar a las mujeres y a equiparar sus emociones. En ese tiempo mi novia era Luz. Hoy, no obstante los imperdonables pecados, es mi novia, mi amante, mi compañera, mi amada esposa. Paradójicamente después de tantos años he aprendido a amarla, a desacostumbrarme a su ausencia y a la necesidad de sentir su halo, su espíritu, su carne. El tiempo me dio la lección: La amo más porque me ha perdonado todo, porque el tiempo difícil ya pasó: mi juventud.

Debo decir que difícilmente debe existir un ser humano de tanta nobleza, de tanta entrega, de tanto amor como Luz. Hoy solo quiero reseñar una de las tantas ofensas que a su honra y dignidad provoqué en su ser, en el interior en su bondadosa alma.

Como ser humano, débil al amor que se cree, no me resistí a la infidelidad a causa de mi amor por Sombra. Sí, me enamoré, definitivamente, me enamoré gracias al placer, gracias a lo físico, a la tentación de poseer otra mujer. Se desató en mi mente la obsesión de la amante, de la otra.

A Sombra la conocí en mi barrio. Me la presentó una común amiga cuando ella tenía 14 años y yo, 22. Ella era una niña de barrio, de familia humilde como la mía. Físicamente no me atraía, pero nos seguimos viendo. Sin pensar en el tiempo, mi pensamiento no alcanzaba hasta allá, nos hicimos novios de cada 15 días, noviazgo de vernos de vez en cuando en la esquina donde la recogía el bus del Liceo Femenino de Cundinamarca. Ahí le entregué el primer regalo: un esfero Parker que en ese tiempo era un lujo de regalo. Sin pensarlo, sin creerlo, buscaba que se enamorara de mí. Además, contaba con la herencia de mi padre: educado, cortés, generoso y pulcro en el vestir, armas letales para el amor en nuestro tiempo, en nuestra edad. Nada material, todo físico y humano. Oficialmente Luz era mi novia ya hacía más o menos 4 años. Pasó el tiempo. Luz quedó embarazada después de ocho años de noviazgo. Para ello hubo de su parte un desafío involuntario: la moda en las mujeres de la época eran “Los pantaloncitos calientes”, que era más sensual el nombre que la realidad de la moda. Luz cayó en el

error infantil de algún día insinuar que no me gustaban las mujeres y mi mente, seguramente cualquier mente joven, inquieta, herida por la ofensa obraría como me lo ordenó mi pensamiento en ese momento: demostrar que sí me gustaban las mujeres. El resultado fue que años más tarde nació mi primogénito, hoy orgullo de mi sangre.

Luego del nacimiento de mi primer hijo, ya empezando a trabajar, obtuve el primer crédito para acceder a vivienda propia. Inicialmente no pareció interesante ni nada ventajoso endeudarme desde temprana edad. Sin embargo, el suegro, hombre campesino, noble, generoso y silencioso en sus actos, me hizo un ofrecimiento sincero:

—Le presto lo de la cuota inicial si se va a vivir allá con Luz.

Acepté consciente de la dureza que me esperaba, porque nunca antes había pensado siquiera en abandonar la casa paterna, mucho menos asumir semejante responsabilidad de mujer e hijo.

El día del trasteo fue de los tristes hasta esa etapa de mi vida. Mis padres, jóvenes, aun así, no escatimaron esfuerzos para colaborar. Mi madre, fuerte, acuciosa; mi padre, observador, toda la vida fue observador, ayudaba solo con las ideas.

La despedida desde la ventana del cuarto piso provocó en mí una infinita tristeza, más fuerte, más poderosa que la alegría de estrenar apartamento. Observaba yo cómo mi raíz desde la distancia levantaba su mano moviéndola lentamente en ademán de despedida y mis ojos vidriosos contemplaban tristemente el alejamiento, la distancia que empezaba a separarnos.

El tiempo fue pasando rápidamente entre los afanes del trabajo y del

cumplimiento de las responsabilidades adquiridas. No era solamente tener mujer e hijo. Se sumaron el pago de la cuota del apartamento, pago de servicios públicos, administración, mercado, leche para el pequeño, pago de transporte y compromisos que poco a poco fueron creciendo.

Tiempo después, una tarde de viernes llegó una llamada a la oficina de mi trabajo en el reconocido Instituto Geográfico Agustín Codazzi ¡Oh! Sorpresa, era Sombra. Reconocí su voz e, inmediatamente, me asaltó el pensamiento de volverla a ver.

—¿Cuándo nos vemos? —le dije.

—Un día de estos —respondió.

—Bueno, me llamas —le contesté.

Efectivamente me volvió a llamar y acordamos vernos en un punto neutral: El Venecia, un barrio en esa época creciente, comercial y cercano a Madelena, donde yo vivía, y de Tunjuelito, donde la había conocido y todavía vivía. El encuentro fue feliz. La encontré toda una mujer. En un momento descansé mi mano izquierda (soy zurdo) sobre su pierna y sentí una emoción cautiva que se convirtió en deseo. Hablamos y desde ese día nos empezamos a ver seguido. La bauticé, nació en mi mente: Sombra, así sería su nombre hasta nuestra eternidad. Se había casado sin amor, según ella por mi culpa de haber tenido a mi hijo, y ahora vivía amargada y triste, porque su esposo era toma trago y trasnochador.

Hicimos una mutua promesa de que la relación que empezábamos no debería afectar a nuestras familias. Concertamos nuestros encuen-

tros en la misma taberna donde nos reencontramos. Hubo algo que me cautivó: ella fumaba y eran tiempos en los que se permitía fumar dentro de los establecimientos públicos. Me enseñó a fumar y a recibir humo de su boca, que se convirtió en el más poderoso agente transmisor del deseo. Sí, aprendí a desearla, a poseerla con el humo que nos repartíamos el uno al otro; además, rozar sus piernas, poderosas, gruesas, fuertes, me excitaba de manera incontrolada. Empezó una obsesión inmensa por poseerla, y sí, cuando volví a hacerla mía me convertí en un esclavo de sus besos, de su humo, de su cuerpo.

Poco a poco nuestro deseo se convirtió en alimento mutuo y soñábamos, sin vivir la realidad, solamente los sueños de los enamorados. Mi trabajo me permitía el tiempo para verla, para obligarla amorosamente a nuestros encuentros que se volvieron cotidianos. Fue mucho el amor, seguramente deseo, el que generó en mi cabeza encontrar un refugio nuestro, un nido de amor furtivo. Sí, la amaba tanto, la deseaba más, que locamente ahorré lo que más podía de mi sueldo y mis viáticos, sin olvidar mis obligaciones, que compré un pequeño apartamento en Techo. Siempre sacamos tiempo para estar juntos. Ambos buscamos lo mejor dentro de las limitaciones para amoblarlo y adecuarlo al gusto del amor. Empezamos una vida llena de lujuria, pero también llena de sensaciones de susto, de culpas, de desasosiego por el avance de la locura de amor. Nos encontrábamos semanalmente sin días ni horas fijas. Sombra con mi apoyo estaba haciendo una Especialización en Lúdica.

Un lunes que nos encontramos en la tarde, le propuse que no fuera

a estudiar, que nos fuéramos para el nido de amor. Así ocurrió. Cuando llegamos a la entrada del Conjunto y esperando a que abrieran la puerta metálica para ingresar, oh sorpresa, Luz, la olvidada, estaba por fuera junto a la ventanilla de mi lado del conductor, y apenas me dijo:

—Mono, muy bonito, y usted, señora, ¿no sabe que él es casado?

Inmediatamente le dije:

—En la casa hablamos. Retrocedí el carro.

Avanzamos, y le dije a Sombra:

—Quédate por aquí.

Apenas me contestó:

—Tranquilo, papi, entre más bravo el toro es mejor la corrida.

Cuando llegué a la casa, no fui capaz de enfrentarla, primero por mi sentimiento de culpa, segundo por el respeto a mis hijos que ya eran dos y nunca discutí con ella delante de los niños. La semana transcurrió en silencio; la comida me la enviaba con el hijo mayorcito, que apenas me miraba con tristeza sin entender qué pasaba. En mi soledad, en mis pensamientos de pecador me preguntaba:

—¿Existe en el mundo otra mujer que sea silenciosa, que no haga escándalo, que sea prudente, que llore su desilusión en su carne y se trague todo su dolor?

No, no, solo Luz. Triste, muy triste pero altiva. El domingo que siempre ha sido de fútbol nos reuníamos los cuatro después del almuerzo a ver los partidos que transmitían por la antena parabólica que se pagaba. Estando reunidos en un momento Luz apuntó:

—¿Mono, entonces qué piensas de nuestra situación?

No atiné respuesta inmediata. Dije luego:

—Se hará lo que tú decidas.

—Si quieres, puedes irte de la casa —respondió.

No pude contenerme y solo respondí:

—No, esta es mi casa y no me voy a ir.

La abracé junto con los niños y, por mi infidelidad y mi tristeza, tomando su mano, lloré hasta el cielo. Fue la reconciliación, sin promesas, sin compromiso, fue su bondad, su amor por sus hijos y su desamor por mí, lo que provocó esa reacción. Nunca más me volvió a preguntar por Sombra. Creo que me perdonó sin olvidar el daño, el mal causado.

Hoy, años, muchos años después, sigo con ella, por su bondad, por su nobleza, por su entrega como madre, mujer y sobre todo porque es un ser humano único, porque todos somos únicos, no existen en el mundo dos seres humanos iguales. No se ha vengado, no ha cobrado por mi infidelidad y, más que nunca, es mi compañía, es parte de mí mismo; acaso sin amarla, pero sí necesitando su presencia que es la propia. Ella soy yo. Y Sombra aún existe, pero poco a poco se extingue en sus culpas y en las mías, porque no olvida que fuimos dos los que causamos el daño. Luz sigue siendo el símbolo del ejemplo, de la victoriosa que, sin odio, sin violencia, sin escándalos, obligó a que mi conducta hoy casi siga siendo igual, y apunta a que se acostumbró a que las personas no cambian sus hábitos, cambia el tiempo. He reflexionado y me pregunto:

—¿Será que la estabilidad de una pareja está en la infidelidad... ¿del hombre?

El valor del perdón

Por Tito Armando Naranjo (Gámeza, Boyacá)

Nació en Gámeza en 1950. Estudió hasta tercero de primaria, pero abandonó los estudios para dedicarse al campo, sobre todo a sembrar papa, maíz, trigo y cebada. Aunque ha vivido la mayoría de su vida en Boyacá, en su juventud viajó a Venezuela por motivos de trabajo. Este cuento fue recogido por su sobrina, María Morales, estudiante de los últimos grados del colegio del municipio de Gámeza; ella escuchó la historia, la transcribió y lo ayudó a inscribirse.

Me encontraba en Sogamoso el día 20 de abril de 2000, cuando ocurrió una toma de la guerrilla en el municipio de Gámeza. Llegamos en el bus hasta Bado Castro. Un señor nos esperaba y, cuando nos avisó sobre la toma del municipio, nos devolvimos. Al otro día llegamos en el bus de las 6 a.m. Todo era desolación y escombros en el pueblo, me encontré con un amigo y me contó lo que había pasado.

Él dijo que eran las 6 p.m. cuando la guerrilla se tomó el pueblo. Ellos bajaron en un bus de La Salina con sus armas, bombas y cilindros, lanzaron todo esto contra el pueblo y el banco agrario para abrir la caja fuerte. Fallaron. Como no pudieron hacer nada, decidieron irse en el mismo bus que los trajo. Después de varias horas de espera, llegó el ejército. Los habitantes estaban observando los destrozos hechos al pueblo, pero, al mirar el ejército, salieron corriendo e hicieron una estampida pensando que la guerrilla se había devuelto.

Al día siguiente, el ejército estuvo en el municipio preguntando por el camino en que se había dirigido la guerrilla, algunas personas dijeron que los habían mirado marcharse por el sector de Mochancuta. El ejército partió hacia ese sector en busca de su encuentro. El ejército llegó a las 6 a.m. preguntando por las casas vecinas sobre información de la guerrilla. Mi hijo tenía 13 años y se encontraba visitando a su hermana que se hallaba en este sector. Mi hijo fue a darle de beber a las vacas en un punto denominado El Playón, él se encontró en el camino con el ejército, que le preguntó si sabía dónde se encontraba la guerrilla. Él no sabía nada y no supo qué responder, en ese momento lo bajaron del caballo, iniciaron a golpearlo y lo llevaron a 700 metros del camino. Estando allí, lo requisaron, pero con tal mala fortuna que encontraron en su ropa una navaja.

Con esta misma navaja picaron su pulmón desgarrando pedacitos de su cuerpo. Cuando él se estaba desangrando con mucho dolor, uno del ejército agarró una pistola y le disparó en la cabeza dándole un tiro de gracia. Para ocultar su error lo camuflaron con ropa de guerrillero y le colocaron armas alrededor, ellos tomaron el mismo caballo echándole el cuerpo encima y lo trasladaron a Tunjuelo en el municipio de Mongua. Al llegar, lo llevaron a un hospital para realizarle la correspondiente autopsia.

Un Viernes Santo enterramos a mi hijo a la 1 p.m. Mi corazón se partía en dos en ese momento y el dolor me consumía al despedirme. Lo enterramos al lado derecho de su madre, quien hacía un año se suicidó, y al lado izquierdo de su hermano, quien murió alcoholizado.

Pasaron varios días y la investigación fue avanzando, me dirigía al Palacio de Justicia y me encontré con las personas que destrozaron mi vida arrebatándome la vida inocente de mi hijo. La fiscal y el procurador se encontraban allí, con los culpables de aquella masacre: eran un coronel, un comandante, un cabo y un sargento. Ellos asumieron la responsabilidad por la vida de aquel niño; ellos, llorando, pidieron perdón públicamente, yo los miré a los ojos diciéndoles que, a pesar del daño tan terrible y el dolor tan intenso que me causaron, los perdonaba por aquella masacre.

La deuda

.....

Por Luis Hernando Osorio Berrío (Bogotá)

Oriundo de Ituango (Antioquia). Vive en Bogotá desde hace 50 años. Estudió tres semestres de periodismo y publicidad, pero se dejó cautivar por al arte gráfico y se convirtió en operario de un linotipo. Es deportista, pensionado y, en sus ratos libres, plasma en el papel sus cuentos. No se considera un escritor, pues simplemente lo hace por gusto.

Apenas cumplía los 6 años, vivíamos en un pequeño pueblo de nombre bíblico: don Matías, ahora un próspero centro industrial distante 45 kilómetros de la ciudad de Medellín donde habitaba una hermana de mi madre, cercana a la colonial iglesia de la Veracruz. En esa época Medellín era una pequeña Villa, La Bella Villa, como solían llamarla. Coincidentalmente me encontraba jugando con otros compañeritos cuando observé un alboroto; un sacerdote salía apresuradamente portando una vasija con agua bendita, con la cual, en determinadas circunstancias le suelen rociar a vivos y a muertos.

Pregunté a uno de los curiosos qué sucedía y me respondió que se había matado un cantante en un accidente aéreo en el aeropuerto La Playa (ahora El Olaya Herrera), con natural indiferencia propia de mi edad, sin precisar la magnitud de la tragedia continué jugando. Al regreso a la casa de mi tía encontré a Jesús, mi hermano mayor, contando detalladamente cómo se había producido la tragedia que conmóvió

a todas las clases sociales por el choque de dos aviones con sus fatales consecuencias, quedando carbonizados la mayoría de los cuerpos, incluyendo el cantante Carlos Gardel, su guitarrista y compositor Alfredo Lepera, el piloto del avión Samper y el resto de su conjunto.

Con el transcurso del tiempo, obligados por limitaciones económicas ocasionadas por el fallecimiento de mi padre, el dentista de don Matías, nos trasladamos a Yolombó al nordeste de Medellín, a 108 kilómetros. Buscábamos la protección económica de mi abuelo materno Mayor Macario Berrío, veterano de la guerra civil de los Mil Días, que poseía una hacienda llamada la Alejandría de las más grandes y conocidas de Yolombó

Yo crecía, en todas las cantinas del pueblo en las que a puertas abiertas se escuchaban tangos: “Que le importa al Mundo”, “Cambalache”, “Noche triste”, “Caminito”, etc. Era el auge de las películas argentinas basadas en tangos: “Mi Buenos Aires Querido”, “Flor de Durazno”, etc., protagonizadas por aquel cantante que se carbonizó en Medellín: Carlos Gardel, la personalidad más representativa del cancionero argentino, que también había sido aprendiz a linotipista en la imprenta situada en la calle Florián de Buenos Aires. Gardel, “cuyas canciones tocaron todos los registros del sentimiento popular”. Fue la época del mejor cine latinoamericano, aparecieron grandes luminarias como Libertad Lamarque, Hugo del Carril, Agustín Magaldi, Luis Sandrini, etc.

Los entonces adolescentes deseábamos conocer el origen del tango y del cine argentino.

Nos habíamos trasladado a vivir a la ciudad de Medellín. A mis 14 años, aprovechando las vacaciones escolares, ingresé como aprendiz de tipografía a la Editorial Bedout. Un compañero, también aprendiz, el Mono Vélez, como lo apodábamos, 2 años mayor que yo, me insinuó volarnos de la casa, viajar a Barranquilla, colarnos en un Santa, enormes transatlánticos que, en ese entonces, navegaban en los mares del mundo. Iríamos a Buenos Aires, para conocer dónde había vivido Carlos Gardel, dónde estaba enterrado, conocer los estudios de filmación de las películas de tangos y, si fuera posible, aprender a ser artistas. Éramos toda una llama de ilusiones. Recordé a José de Vasconcelos: “Primero es soñar y después es ser, el sueño antes de la creación. Si no sabemos soñar, jamás podremos construir”.

Con dos camisas y dos pantalones sobrepuestos y las mentiras repartidas a las dos nobles madres, las convencimos de que nos dejaran ir de noche a cine, porque era aniversario de Cine Colombia y repararían regalos a los asistentes.

Sin pensar adolescentemente las consecuencias que les produciríamos a nuestras madres, esa noche amanecimos en Guayaquil, escondidos en una cantina de mala muerte en espera de que amaneciera para viajar en el tren de la 6 rumbo a Puerto Berrío y, de allí, viajar en buque a Barranquilla.

Al despedirnos de Medellín, pasando por la estación de El Bosque, nos abrazábamos y, llorando, cantábamos:

—Adiós, muchachos, compañeros de mi vida, barra querida de aquellos tiempos.

No conocíamos un río tan grande como el Magdalena, tan grande como nuestras ilusiones de 14 y 16 años, apenas empezando a despertar al mundo del espejismo y, cuando se ha tenido de todo sin luchar, se inicia el camino difícil al andar.

Siete días después llegamos a Barranquilla, nunca pensamos que se demoraría tanto el viaje y quedaríamos con nuestros ahorros exigüos. Mi compañero compró libros para revender, yo le ayudaba, En Barrancabermeja, empezó a sufrir la gente de calor y hubo una demora por el bajo caudal del río. Nosotros, mientras se cumplía la labor de cargar el barco, David Restrepo de la Naviera Colombiana, disfrutábamos bailando con unas esbeltas morenas que nos cobraban 5 centavos por pieza.

Siete días después llegamos a Barranquilla maltratados físicamente, pero con el ánimo inalterable. El mar, una alucinación. Acariciábamos con nuestras miradas esas enormes naves y planeábamos con cautela el abordaje clandestino en horas de la noche. Con tan mala suerte que el primer intento fuimos descubiertos por unos perros que nos ahuyentaron y alertaron a los guardias. Una burla cruel a nuestras ilusiones, una llama que nos quemó las alas.

Después de tres meses de pacientes penalidades, regresamos a Medellín maltratados, nuestra autoestima nos agobiaba más que el hambre. “¡Oh mamita! dame palo ¡pero dame qué comer!”. Gardel y su Buenos Aires querido, por esta vez se nos desvanecía.

Al medio camino de mi vida me trasladé a Quibdó a ocupar un empleo transitorio para organizar la imprenta del Departamento del

Chocó. Con la experiencia que tenía en el ciclismo, como uno de los pioneros de este deporte en el departamento de Antioquia, con la colaboración del Capitán Rojas, comandante de la Policía de Quibdó, organizamos la Liga Departamental de este deporte y programamos varias competencias en Tutunendo, como preparación para representar al Chocó por primera vez en los Séptimos Juegos Nacionales celebrados en Cali.

Luego me trasladé a Bogotá, donde más tarde consolidaría mi hogar: me enamoré de una colegiala. “Linda colegiala de los ojos negros, mujer del mañana, ven te ruego yo... Tú que en las mañanas siempre me esperabas, con una sonrisa, yo te saludaba”, como dice el bello tango del compositor y cantante Pepe Aguirre.

La vida transcurría, trabajaba como linotipista en algunas empresas editoriales y terminé pensionado en la imprenta del Distrito Alcaldía de Bogotá. Allí fundé un club deportivo. De adulto mayor había cosechado algunos éxitos deportivos en atletismo e ingresé a la Asociación de Atletas Veteranos Asodimáster. A los 4 años de practicar con mucha perseverancia se me presentó la oportunidad de mi vida que había esperado por más de 60 años: fui llamado a integrar el grupo de 30 atletas que representarían a Colombia en el X Campeonato de Atletismo para Veteranos, en la bella ciudad Argentina de Mar de Plata al sur de Buenos Aires. “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”. Caminé por donde caminó el fuego del tango; “Un pensamiento triste que se baila”. Palpé con mis manos el Abasto, anduve por Calle Corrientes... “Sos de todos y de nadie, vas cruzando Buenos Aires con

tu ritmo diferente. ¡Segura, tranquilizante, coqueta, vivaz, risueña, como una piba porteña que no ha cumplido los veinte!”. Qué lindo es beberse un vino en el Gran Almacén, uno de los sitios tradicionales del tango, recorrer Caminito en barrio La Boca donde se encuentra el museo y el monumental estadio del equipo de fútbol Boca Juniors. Visitar los sitios donde se presentaba lo más granado del tango mundial, llevar flores a la tumba de Carlos Gardel en el Cementerio La Chacarita.

—En nombre de todos los bohemios de Colombia que nos enamoram, bebimos, lloramos y nos alegramos con tus canciones.

Estas fueron mis palabras al ofrendarle un ramo de claveles. Gracias a la vida. Con lo cual concluía un nuevo capítulo de mi existencia. Se me dio la oportunidad de cobrar esta antigua deuda; el destino también es acreedor.

Historias en Yo Mayor no solo es un concurso de cuento y narración oral, es un motor de memoria colectiva que ofrece la posibilidad de recordar a todas las personas mayores de 60 años del país. Pero ese no es su objetivo principal, detrás de los cerca de 1350 participantes que escribieron sus cuentos o narraron sus relatos, se esconde un gran tesoro.

Se trata de entregarnos como sociedad, a niños, jóvenes, adultos y generaciones venideras el regalo de ejercer, en medio de un mundo lleno de datos y fechas, nuestro derecho inalienable a no olvidar, a imaginar, a ser narradores de nuestra historia, a no dejar escapar esos relatos que constituyen un patrimonio cultural invaluable para Colombia.

Lo invitamos a que se aventure a leer y a escuchar esas historias que se recopilan en este libro y en el Especial Multimedia alojado en nuestra página web www.historiasenyomayor.com y que puede consultar escaneando el siguiente código QR.



En alianza con:



Red de Bibliotecas
Públicas de Cali



ALCALDÍA DE
SANTIAGO DE CALI
SECRETARÍA DE CULTURA



Oficina Asesora de
Programas Sociales

